

SERMONES SELECTOS DE  
C. H.  
SPURGEON



**SERMONES SELECTOS DE**  
**C.H.**  
**SPURGEON**

**MÁS DE 100**  
**SERMONES COMPLETOS**  
**Y SUS CORRESPONDIENTES BOSQUEJOS**  
**VOLUMEN -1**



editorial clie

**C.H. Spurgeon**

**EDITORIAL CLIE**

/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: [clie@clie.es](mailto:clie@clie.es)

Internet: [http:// www.clie.es](http://www.clie.es)

**FERMONES SELECTOS DE C.H. SPURGEON, VOL. 1**

Copyright © 2021 por Editorial CLIE

ISBN: 978-84-18810-66-4

Depósito legal: B 8383-2021

Impreso en España / *Printed in Spain*

Clasifíquese:

fermones

fermones completos

EL058010



# Índice General

<b>Prólogo</b> .....	7
<b>CAPÍTULO I: SOBRE EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU SANTO</b> .....	11
1. Dios .....	13
2. Jesucristo .....	36
3. Espíritu Santo .....	78
<b>CAPÍTULO II: SOBRE ÁNGELES Y DEMONIOS</b> .....	103
1. Ángeles .....	105
2. Satanás .....	109
<b>CAPÍTULO III: ACERCA DE LA BIBLIA</b> .....	125
1. Estudio de la Biblia .....	127
2. Parábolas .....	144
3. Personajes .....	177
4. Tipos y figuras .....	215
<b>CAPÍTULO: PARA LA VIDA CRISTIANA</b> .....	231
1. Discipulado .....	233
2. Educación familiar .....	244
a) Hijos .....	244
b) Ancianos .....	250
3. Oración .....	255
4. Fe .....	266
5. Arrepentimiento .....	274
6. Perdón .....	280
7. Regeneración .....	284
8. Santificación .....	289
<b>CAPÍTULO V: SOBRE LA BUENA NUEVA DEL EVANGELIO</b> .....	297
1. Evangelización .....	299
2. Misiones .....	345
3. Iglesia .....	357
a) Avivamiento .....	357
b) Liturgia .....	374
<b>CAPÍTULO VI: LA GRACIA DE LA SALVACIÓN</b> .....	389
1. Salvación y gracia .....	391
2. Expiación y justificación .....	405
3. Pecado y ley .....	428
4. Nuevo pacto .....	455
5. Muerte y resurrección .....	462
<b>CAPÍTULO VII: ESCATOLOGÍA</b> .....	549
1. Segunda venida .....	551



CAPÍTULO VIII: DEVOCIONALES .....	603
INDICES .....	689
índice escritural .....	691
índice de títulos .....	695



## Prólogo

Casi resulta innecesario hacer una presentación del mundialmente conocido Charles Haddon Spurgeon. La Iglesia evangélica se ha nutrido de grandes lecturas inspiradas, como *Sólo por gracia*, *Libro de cheques del banco de la fe* y *Tesoro de David*, entre otras, nacidas de su mente privilegiada. Con todo, hemos querido hacer una breve introducción de lo que fue su vida,<sup>1</sup> o lo que es lo mismo, de lo que fue su obra, que en una sola palabra, podríamos decir, fue una vida de constante predicación. Ahí su tan merecido sobrenombre: «el príncipe de los predicadores».

Charles Haddon Spurgeon nació el 19 de junio de 1834 en Kelvedon (Essex, Inglaterra). Su padre y abuelo eran pastores congregacionalistas. Recibió una temprana educación en Colchester, y también pasó un año en el Colegio de Agricultura de Maidstone, donde estudió ciencias naturales.

Halló su conversión en una pequeña capilla metodista que había cerca de su casa en Colchester, a la que asistió casualmente una tarde de nevada. Con 15 años, convencido por sus propias lecturas bíblicas, decidió bautizarse de nuevo por inmersión, a pesar del disgusto de sus padres, que eran paidobautistas. El acto tuvo lugar el 3 de marzo de 1850. Enseguida comenzó a enseñar en la Escuela Dominical. Su fama de «predicador» creció por todas partes. Mientras estaba en Newmarket como bedel en un colegio, comenzó a enseñar a los niños de la Escuela Dominical, de tal manera que atraía oyentes adultos. Luego, en Cambridge, prosiguió esta práctica, con la adición de sermones los domingos por la noche en los pueblos circundantes. En 1851, a la edad de 17 años, este joven Timoteo fue llamado a pastorear la pequeña iglesia bautista de Waterbridge. Aceptó, y mientras la gente se apiñaba en la capilla, la iglesia dobló la congregación bajo su ministerio. En los días laborables, once pueblos compartían la ventura de oír sus sermones, que, en un año, ascendieron a tantos como días tiene el año. En marzo de 1854, fue invitado a asumir el pastorado de la importante e histórica iglesia bautista de New Park Street, en el sur de Londres, la cual creció tan aprisa que, en 1857, se vieron que edificar el primer Tabernáculo Metropolitano. No satisfecho con cumplir los deberes de este cargo, predicaba en muchos otros lugares durante la semana.

Era un hombre inteligente. Sus estudios en Colchester y en el Colegio de Agricultura de Maidstone contribuyeron indudablemente en mucho a alimentar su erudición e interés

<sup>1</sup> Esta es una breve relación de la vida y ministerio de Charles Haddon Spurgeon extraída y parafraseada del *Diccionario de Autores* compilado por Alfonso Roper, CLIE (disponible gratuitamente a través de la página web CLIE en Internet [www.clie.es](http://www.clie.es)). Para aquellos que quieran obtener una información más completa acerca de la vida y el ministerio de este gran predicador, recomendamos que se dirijan a los siguientes biografías que de él se han escrito o traducido al español:



especialmente, por las ciencias naturales. Como bedel en la escuela en Newmarket después en funciones semejantes en Cambridge, acumuló un tesoro bibliográfico que fue su orgullo. Pero sus mejores adquisiciones las hizo en su temprano y preciso conocimiento de la naturaleza humana, que le hizo poseer la Providencia por medio de una disciplina férrea en una vida diversificada. De ahí la riqueza y variedad de sus ilustraciones, que no aumentaban la belleza y el vigor de sus discursos públicos.

A la Biblia adscribía él la disciplina de sus facultades intelectuales, así como el conocimiento de la verdad divina:

«Desde que he conocido a Cristo, he puesto a Cristo en el centro como mi sol. La ciencia secular gira alrededor de Él como un planeta, mientras que las ciencias fundamentales son satélites de sus planetas».

Spurgeon ejerció una gran influencia en Londres. Llegó a la capital lozano desde los tranquilos campos de la observación precisa y del pensamiento independiente, dispuesto a servir sin darse los menores aires de grandeza, pero determinado a no dejarse manipular por ningún tipo de influencia. En un discurso acerca de 1ª Juan 5:4, llegó a decir lo siguiente:

«Un amigo muy gentil me dijo que mientras estuviera predicando en Exeter debería que respetar las varias opiniones de mis oyentes; que a pesar de que yo soy metodista y bautista, debería recordar que hay aquí una diversidad de credos. Ahora bien, si yo no fuera a predicar nada más que lo que fuera a complacerles a todos ustedes, ¿qué tendría que hacer yo? Predico lo que creo cierto; y si la omisión de una sola verdad que yo creo cierta fuera a hacerme rey de Inglaterra por toda la eternidad, no por ello me apartaría de lado. Aquellos que no gustan de lo que yo digo tienen la opción de dejarse ir; yo me quedaré aquí, supongo, a complacerse a sí mismos; y si la verdad no les complace, pueden dejarla».

El 8 de enero de 1856 contrajo matrimonio con Ana Thompson y fundó el colegio para predicadores que lleva su nombre. En 1869 creó el orfanato de Stockwell, que todavía continúa activo. También fundó y sostuvo mediante las ofrendas del Tabernáculo la *Hope and Clothing Association*, que ayuda a familias desestructuradas a causa del alcoholismo; así como la *Pioneer Mission* y la *Colportage Association*. Como muchos evangélicos de su generación, creía que el Evangelio debía aplicarse también a asuntos sociales, políticos, económicos, igual que a la Iglesia, la familia y la vida individual. Apoyó la política liberal del primer ministro británico W. E. Gladstone y enseñó a no dividir artificialmente entre lo sagrado y lo secular. De este modo los evangélicos victorianos, sin teoría ni teología social alguna, se lanzaron como nadie a la labor social.

Durante su pastorado, la iglesia Tabernáculo Metropolitano llegó a tener 6.000 miembros, además de 14.592 convertidos durante su ministerio, que ingresaron en otras iglesias. La predicación de Spurgeon en Londres es uno de los más destacables fenómenos evangélicos. Las mentes más elevadas y las más humildes, los ricos y los pobres, los nobles y el pueblo, en multitudes incontables, se apiñaban en los lugares donde él ministraba y escuchaban arrebatados sus palabras inspiradas.

El editor de la revista *Examiner* de Glasgow, contemporáneo suyo, describía así su fenómeno:

«Su predicación es totalmente peculiar, y no es de fácil descripción. Probablemente que sígue pueda darle al lector una cierta idea de ella...»



la audiencia. De la apariencia de este predicador se puede decir que es interesante bien que impresionante. Es bastante joven, y su rostro es aniñado. Es de tamaño medio, tirando a pequeño más que a grande, y no tiene ninguna de las ventajas físicas de un orador en su apariencia. Pero lo que carece de apariencia lo tiene de realidad. Tanto como comienza a hablar se oyen tonos de la más rica melodía. Una voz plena y musical cae en cada oído, y despierta emociones gratas en cada alma en la que produce una simpatía por los sonos. Esta voz excelentísima está bajo un perfecto control de susurrar o tronar a voluntad de su poseedor. Y hay poesía en cada rasgo y movimiento, así como música en la voz. El semblante habla, toda la forma vibra en armonía y acción va totalmente al unísono con los sentimientos y el ojo escucha apenas mientras el oído la dulce y fluida oratoria.

Por supuesto que entre los 30.000 predicadores ingleses y los 3.000 escoceses hay muchas voces dulces como ésta, y muchos que han estudiado con gran minuciosidad el arte de la oratoria, pero, sin embargo, no llegan a atraerse una audiencia tan elevada. El señor Spurgeon es algo más que «una voz que clama»; tiene raras capacidades de observación, memoria, asimilación y creación. Su campo de observación es amplísimo. Parece haber abierto los ojos a la naturaleza en todas sus variedades, a la ciencia en todos sus descubrimientos y a la literatura en todos sus departamentos. Todo lo que el ojo humano puede observar, u oír el oído, parece haber dejado una impresión indeleble en sus capacidades intelectuales. La impresión no sólo queda hecha, sino que queda también imborrable. Cada monte, cada valle, cada libro, cada frase que haya atravesado su camino, queda para siempre fijada en su recuerdo.

Y no sólo fijada, sino que constituye el material sobre el que operan unos maravillosos poderes de asimilación. De las formas de belleza que ven sus ojos se crean otras formas más encantadoras. El paisaje natural más encantador queda adornado con una belleza adicional, con la ayuda de una fantasía refinada y disciplinada. Los pensamientos que han venido a la deriva desde edades remotas pasan por el crisol de su mente, purificados de lo negativo, salen llevando su imagen y su prescripción. Hay evidentemente, un gran poder de genio asimilador, y ocasionalmente indicadores de un genio aún mayor: aquel que crea formas nuevas y lozanas de hermosura, que llevan la marca distintiva de su propia mente.

Estas cualidades superiores están evidentemente ayudadas por un estrecho estudio de las gradas de la oratoria. Lo natural ha sido ayudado por el estudio, las dotes de orador por las gracias. A pesar del ocasional descuido de todas las leyes de la lógica y de la coherencia, hay evidentemente un exhaustivo conocimiento y aprecio de ambas. El desordenado forma a veces un placentero contraste con lo preciso. El arco disparado al azar puede enviar una flecha más directamente a su blanco que el arco disparado según reglas más estrictas».

Hay que tener en cuenta, no obstante, que el propósito de Spurgeon no fue nunca «unir una gran cantidad de personas» en su iglesia, sino «que ésta aprendiera a orar como orar». Acaso, para Spurgeon, «la oración es el nervio ligero que mueve los músculos de la omnipotencia». Como maestro del arte de orar enfatizó la necesidad de argumentar con Dios en oración, de persuadirle, de mostrar que se va en serio del trono de gracia.

Predicó igualmente en Escocia (1855), Irlanda (1858) y Ginebra (Suiza, 1860).

sa de la creciente tendencia de los pastores bautistas a aceptar el liberalismo acerca de la inspiración de la Biblia y la historicidad de ciertas partes de las Escrituras. Vieron rechazados por mayoría absoluta sus alegatos contra el modernismo dentro de la Unión. Spurgeon se separó de ésta en octubre de ese mismo año.

Calvinista convencido, se le llamó «heredero de los puritanos», en cuanto de él se atribuyó la base y fundamento del Evangelio de la gracia de Dios en toda sus dimensiones, claridad y profundidad:

«La antigua verdad que predicó Calvino —escribía el propio Spurgeon—, que predicó Agustín, que predicó Pablo, es la verdad que yo debo predicar hoy, o por el contrario un traidor a mi conciencia y a mi Dios. No puedo moldear la verdad; no conozco la gracia como embotar los filos de una doctrina. El Evangelio de John Knox es mi Evangelio. Aquello que tronó en toda Escocia debe tronar en Inglaterra de nuevo».

Spurgeon tuvo siempre una salud muy débil, lo que le obligó a pasar temporadas en el clima más cálido de Menton (Francia); fue precisamente allí donde murió el 31 de enero de 1892. Aunque corta, vivió una vida muy intensa. Sus libros, mundialmente conocidos, son mayoritariamente recopilaciones de sus sermones, miles, estenografiados, y que hoy día ya sólo se les llenan más de 48 volúmenes.

Editorial CLIE ha decidido reeditar estos sermones, algunos ya traducidos y editados anteriormente, en un nuevo e innovador formato más práctico y asequible. En este primer volumen incluimos más de cien sermones de Spurgeon, ordenados temáticamente y complementados con un Índice Escritural —de los versículos claves a partir de los cuales se desarrollan los temas— y un bosquejo para cada sermón. Tales bosquejos constituyen naturalmente un contorno natural de la exposición, respetando los argumentos e ilustraciones que emplea Spurgeon para dilucidar y vigorizar sus verdades conductoras.<sup>2</sup> Todo ello con el fin de aumentar la utilidad de esta rica herencia de homilética que nos ha sido legada, como modelo para pastores y estudiantes de seminarios, a la vez que una fuente de enseñanza e inspiración a todos los creyentes.

## LA EDITORIAL

<sup>2</sup> La disposición de los sermones del señor Spurgeon era sencilla y textual. No empleaba notas, por lo que a veces resultaba algo episódico en el curso de sus demostraciones; pero nunca se apartaba tanto que no pudiera ser seguida por el oyente. Este es el motivo de la presente edición, con un índice y facilidad de consulta. Siempre se advierte en él la sencilla manera de exponer y enseñar.



## Capítulo

Sobre  
el Padre  
el Hijo  
y el Espíritu Santo





## 1. Dios

### ENCARECIMIENTO DEL AMOR

«Dios encarece su amor hacia nosotros en siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8).

**INTRODUCCIÓN:** El amor de Dios, no con palabras, sino con obras

**PRIMER ENCARECIMIENTO:** «Cristo murió por nosotros»

- Cristo, quien murió por nosotros
- Cristo murió por nosotros

**SEGUNDO ENCARECIMIENTO:** «Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» a clase de pecadores que somos

- ) Persistentes
- ) Voluntariosos
- ) Enemigos

Cristo murió sin que se lo pidiésemos

**CONCLUSIÓN:** Razones para el encarecimiento del amor de Dios

### ENCARECIMIENTO DEL AMOR

#### INTRODUCCIÓN

No tengo nada nuevo que decir; lo que os es tan antiguo como los collados eternos, tan sencillo que un niño lo puede entender: el encarecimiento del amor.

Pero este encarecimiento que Dios hace de sí mismo y de su amor no es con palabras, sino con obras. Así, cuando el Dios Omnipotente no encarece su amor para con el hombre en su miseria, no está escrito:

«Dios encarece su amor hacia nosotros en esta elocuente oración».

Esto es, no está escrito que encarezca su amor mediante declaraciones atrayentes; no, sino que encarece su amor para con nosotros mediante una acción, una obra; una obra sorprendente, la inenarrable gracia que la misma humanidad apenas si podrá sondear...

«Dios encarece su amor hacia nosotros en

Aprendamos, pues, en el mismo umbral de nuestro texto, que si queremos encarecer a Dios de nosotros mismos, ha de ser por obras, no por palabras. Los hombres pueden hablar de manera hermosa y pensar que de esta forma conseguirán ser estimados; pueden disponer sus palabras con destreza y creer que de esta manera conseguirán ser respetados. Pero será mejor que recuerden que no es la prolija oratoria con la lengua, sino la elocuencia más poderosa con la mano, la que consigue el afecto del corazón del mundo.

Por tanto, si quieres recomendarte ante semejantes, ve y haz, no vayas y digas. Si quieres alcanzar honor de parte de los notables, haz, actúa. Demuestra que la prueba de la fidelidad de los escogidos de Dios no son las palabras elocuentes, dichas en oración o alabanza, sino la obra expiatoria, la acción santa, que es, en su hecho, la justificación de tu fe. Hacer, no decir—actuar, no hablar—, éstas son las cosas que encarecen a un hombre.

«No palabras hinchadas de habladores, ni buenas jactancias bastarán; sino corazones rotos y caminantes humildes; éstos el amor de Jesús atraerán».

Imitemos, pues, a Dios en esto; si queremos encarecer nuestra religión ante la humanidad, no podemos hacerlo mediante meras formalidades, sino mediante actos de gracia e integridad: amor y perdón, que son los descubrimientos adecuados de la gracia en nuestro corazón.

«Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mt. 5:16).

«Solamente que os comportéis como es digno del Evangelio de Cristo» (Fil. 1:27), de esta manera le honraréis, y «adoraréis la doctrina» que profesáis.

Pero ahora pasemos a examinar esta poderosa obra mediante la cual Dios encarece su amor. A saber, pensamos que es doble; creamos que el apóstol nos ha dado un doble encarecimiento de amor...

#### I. PRIMER ENCARECIMIENTO

Así, el primer encarecimiento del amor es «Que (...) Cristo murió por nosotros».

to. Hay un encarecimiento de amor en la  
sona que murió:

«Cristo murió por nosotros».

1. Tenemos, primero, el mayor encareci-  
miento del amor: que fue Cristo quien murió por  
otros. Cuando el hombre pecador erró de su  
camino, se hizo necesario que Dios castigase  
sus pecados. Él había jurado por Sí mismo:  
«El alma que pecare, ésa morirá» (Ez.  
18:20).

Y Dios —sea esto dicho con toda reverencia  
al santísimo Nombre—, no podía apartarse de  
lo que había dicho. Él había declarado en el  
Cielo que en modo alguno tendría por inocente  
al malvado; pero por cuanto quería perdonar a  
los pecadores, era necesario que alguien llevase  
el castigo que los culpables hubiesen  
querido soportar, para que mediante la sustitu-  
ción vicaria de otro, Dios pudiese ser «el justo  
que justifica al que es de la fe de Jesús».  
Ahora bien, podría haber surgido esta pre-  
gunta: ¿Quién será el chivo expiatorio por los  
pecados del hombre? ¿Quién será el que llevará  
las transgresiones y quitará sus pecados?

Si se me permitiese imaginar, podría casi  
ver recibir un parlamento en el Cielo. Los ángeles  
estaban reunidos, y se les hace esta pregunta:  
«Querubines y serafines, cohortes de los  
santificados, Espíritus que como llamas de fuego  
cumplís mi mandato, vosotros, seres felices, a los  
que he creado para mi honra, aquí hay una  
pregunta que quiero condescender a presenta-  
r para vuestra consideración: el hombre ha  
caído, no hay forma de que sea perdonado  
excepto que alguien sufra y pague sangre por  
su delito... ¿Quién será?».

Puedo imaginar el silencio cayendo sobre  
a aquella augusta asamblea. Gabriel no  
habló. Podría haber extendido sus alas y batido  
sobre ellas el éter si hubiese sido posible; pero  
sabía que nunca podría llevar sobre sus hom-  
brás la culpa de todo un mundo, y por ello se  
sentó en silencio. Y todos los más  
poderosos entre los poderosos, los que podrían  
haber movido un mundo si Dios se lo mandase, se  
mantuvieron sentados en silencio, porque todos se  
sentaban impotentes para cumplir la redención.  
Pienso que ninguno de ellos se aventurase  
a esperar que el mismo Dios asumiese carne

poderoso Hacedor de los Cielos fuese a incli-  
nar su temida cabeza y se hundiese en el sepulcro.  
No puedo imaginar que los más inteligentes  
y seráficos de estos seres gloriosos hubiesen  
podido consentir ni por un momento un pen-  
samiento así en su corazón. Y cuando el Hijo  
de Dios, levantándose de su trono, se dirigió a ellos  
diciendo: «¡Principados y Potestades! ¡Yo  
haré carne y velaré esta mi Deidad en ropa  
de barro mortal! ¡Yo moriré!», me parece ver  
a los ángeles atónitos por una vez.

Ellos habían visto la creación de los muer-  
tos. Habían contemplado la Tierra, como una  
chispa de la masa incandescente de materia  
informe, martilleada y saliendo del yunque de  
la Omnipotencia y lanzada al espacio; y, sin em-  
bargo, aquello no los había dejado atónitos.  
Pero en esta ocasión, pienso que no dejaron  
de maravillarse:

—¡Qué! ¡Tú morirás, oh Verbo! ¡Creador  
¡Amo! ¡Infinito! ¡Omnipotente! ¿Tú vendrás a  
ser un hombre y morirás?

—Sí —dijo el Salvador— eso haré.

¿Y vosotros, mortales, no os asombráis?  
¿No os quedáis atónitos? ¿Qué! ¿Vosotros no  
os maravilláis? Pues las huestes del Cielo están  
aún maravilladas... Aunque muchas eras han  
pasado desde que lo oyeron, todavía no han  
cesado de admirarse. ¿Y vosotros no habéis  
aún comenzado a maravillaros? ¿No movéis  
vuestros corazones el tema que mueve a ma-  
ravillar al serafín? ¿Qué el mismo Dios se ha  
convertido en hombre, y que muera por vosotros!

Si hubiese sido un arcángel quien muriese  
por nosotros, habría sido motivo de gratitud  
si hubiera sido sencillamente un hombre bueno  
y santo que hubiese derramado su sangre, podrí-  
amos haberle besado los pies y amado por  
siempre; pero al ver que quien gimió en el  
madero no era otro que el Dios Omnipotente  
que aquel que sudó en el huerto cuando creó  
el hombre no era otro que una Persona de la sien-  
pre gloriosa Trinidad, es ciertamente el mayor  
encarecimiento del amor que Cristo murió por  
nosotros. Dadle vuelta a este pensamiento en vuestros  
corazones; ponderadlo en vuestras meditacio-  
nes; sopesadlo en vuestros corazones...

Si tenéis ideas correctas de la Deidad, si  
queréis conocer lo que Cristo es, si pod-



o, santo, perfecto y con todo el Creador eternamente presente, si podéis concebirle como el hombre que fue hecho y, no obstante, como el Dios eternamente presente, si podéis imaginarlo como el Hacedor de todos los mundos, como el Señor de la Providencia, en quien todas las cosas existen y subsisten, si lo podéis concebir ahora revestido de esplendor, rodeado de las sinfonías corales de las miríadas de ángeles, entonces, quizás, podréis llegar a una idea de cuán profunda fue su condescendencia cuando descendió del Cielo a la Tierra, de la Tierra al sepulcro, del sepulcro a la tumba —se dice— el «Seol» más profundo, para poder hacer su condescendencia perfecta y completa. Él «ha encarecido su amor» para con nosotros, queridos hermanos, en que fue Cristo, el Hijo de Dios, quien murió por nosotros.

2. La segunda parte del primer encarecimiento reside en esto, que Cristo murió por nosotros. Fue un gran acto de amor cuando Cristo se hizo hombre por nosotros, cuando se desnudó de las glorias de su Deidad por un tiempo, para venir a ser un bebé pequeñuelo, durmiendo en el pesebre en Belén. No fue pequeña su condescendencia cuando se despojó de todas sus glorias, colgó su manto en el Cielo, dejó su diadema y el placer de su trono, y descendió a ser hombre. Fue además un amor no pequeño, cuando vivió una vida santa y sufriente por nosotros; tan ambroso fue su amor cuando Dios, con pies humanos, pisó esta Tierra y enseñó a sus propias criaturas cómo vivir, soportando mientras tanto las burlas y escarnios con un ánimo longánime y paciencia. No fue pequeño el favor suyo que condescendió a darnos un perfecto ejemplo siguiendo su intachable vida; pero el encarecimiento de su amor reside en esto: no en que Cristo viviese por nosotros, sino en que Cristo murió por nosotros.

¡Venid, queridos oyentes, por un momento, y considerad estas palabras: «¡Cristo murió por nosotros!».

¡Oh, cómo amamos a nuestros valientes defensores de la nación que antaño murieron por nosotros en una tierra lejana! Algunos entre nosotros mostramos nuestra simpatía a sus hijos e hijas, a sus esposas y niños, cuando los padres fueron sepultados. Sentimos que un soldado caído es un amigo nuestro, y que somos para

ellos como no es un acto cristiano blandir la espada, pero estoy seguro de que amamos a los hombres que han querido defender nuestro país con sus vidas y que murieron por nuestra causa. Derramaríamos una lágrima sobre las silenciosas tumbas de aquellos héroes si nos encontrásemos ahora allí. Y, amados, si alguno de nuestros amigos arrostrase un gran peligro por nuestra causa y, más concretamente, si fuese a suceder que cualquiera de ellos muriese por nosotros, ¿no los amaríamos de forma especial desde entonces?

Más aún, ¿sabe alguno de nosotros lo que se contiene en esta gran palabra, «morir»? ¿Podemos medirla? ¿Podemos contar sus profundidades de sufrimiento, o sus alturas de agonía? «¡Murió por nosotros!».

Algunos entre vosotros habéis visto la muerte: sabéis cuán grande y terrible es su poder. Habéis visto al hombre fuerte inclinándose, con las rodillas temblándole; habéis visto romper el hilo de la vida, y habéis visto miradas heladas por la muerte. Habéis observado el tormento de las agonías que abruma a los hombres en la hora de su muerte, y habéis dicho: «¡Ah! ¡Es una cosa solemne y terrible morir!». Pero, mis oyentes, «Cristo murió por nosotros». Todo lo que la muerte podía significar, lo soportó Cristo. Él, el espíritu, rindió su aliento; su cuerpo vino a ser un cadáver sin vida, y fue sepultado como los cuerpos del resto que han muerto:

«Cristo murió por nosotros».

Consideremos las circunstancias que acompañaron a su muerte. No fue una muerte como la suya: fue una muerte ignominiosa, porque murió por acción legal; fue una muerte de un dolor inenarrable, porque fue crucificado... ¿Y qué muerte más terrible hay que morir clavado en una cruz? Fue una muerte larga, lenta, porque duró durante horas, con sólo sus manos y pies traspasados, miembros que están lejos del asimiento de la vida, pero donde están los nervios más tiernos, llenos de sensibilidad. Sufrió una muerte que por sus circunstancias sigue sin paralela. No fue un golpe certero que quitara su vida a su cuerpo y le pusiera fin; fue una muerte pausada, dilatada y terrible, sin ningún consuelo ni simpatía, rodeado de escarnio y menosprecio.

Imagínatelo: le han abierto la espalda

... la cruz en el agujero; la han fijado. ¡Contemplalo ahora! Observa sus ojos bañados en lágrimas; ve su cabeza, colgando sobre sus hombros. ¡Ah, miralo, mientras sufre, con su negra piel, sus mejillas enrojecidas de fiebre! Y cuando parece decir, en su silencio: «Estoy derramado como agua, y todos mis huesos se han descoyuntado; he sido puesto en polvo de la muerte».

Óyete cuando grita:

«Tengo sed».

Por encima de todo, escúchale cuando grita:

«Eloí, Eloí, ¿lama sabactani?».

Mis palabras no pueden dar la imagen; mis sermones fracasan en el intento de expresar todo esto. Ningún pintor ha conseguido jamás tal cosa, ni ningún orador podrá jamás llevarlo a cabo. Pero os ruego que contempléis al Cristo sufriente. Vedle, con el ojo de la fe, colgando del ensangrentado madero. Oídele gritar, cuando dice de morir:

«¡Consumado está!».

«Ved de su cabeza, manos y pies,

el dolor y amor manando mezclados.

¿Estuvieron jamás tal amor y dolor unidos, y no compusieron unas espinas tan rica corona?».

¡Oh, cómo querría yo moveros! Si os contara alguna tonta historia de una muchacha enamorada, lloraríais; si me hiciese novelista y contase un triste relato de un héroe imaginario que hubiese muerto transido de dolor, si se tratase de ficción, llegaría a vuestros corazones, pero aquí tratamos de una terrible y solemne realidad, una realidad con la que todos vosotros estáis íntimamente relacionados, porque todo esto fue hecho para todos aquellos de vosotros que con sinceridad os arrepentís de vuestros pecados.

«¿No os conmueve a cuantos pasáis por el mundo?» (Lm. 1:12). En otras palabras, ¿no os importa nada que Jesús muriese? Supongo que no os importa, sí que os importa, porque la vida que brota de sus manos brota por vosotros. Aquel cuerpo transido de dolor padece por vosotros; aquellas rodillas, tan débiles por el dolor, están débiles por vosotros; aquellos ojos, derramando torrentes de lágrimas, las derraman por vosotros. ¡Ah, pensad en Él, vosotros que

verle ahora como la expiación de vuestra culpa, como la llave que abre el Cielo a todos los creyentes.

## II. SEGUNDO ENCARECIMIENTO

Nuestro segundo punto era éste: «Dios no carece su amor hacia nosotros», no sólo en que Cristo murió por nosotros, sino en que «siempre que hay aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

1. Consideremos por un momento qué clase de pecadores hemos sido muchos de nosotros, y luego veremos que fue una gracia maravillosa que Cristo muriese por los hombres, por los hombres —dicho sea de paso— que no querían volver arrepentidos, sino que eran pecadores.

a) Consideremos cuántos de nosotros hemos sido pecadores persistentes. No hemos cometido un pecado una ni dos veces, sino diez mil veces. Nuestra vida, por recta y moral que haya sido, está jalonada por una sucesión de pecados. Pero no nos hemos rebelado contra Dios en los actos externos que proclaman al libertino como un gran pecador, sin embargo, los pensamientos de nuestros corazones y las palabras de nuestros labios son prontos testigos en contra de nosotros de que hemos transgredido de manera continuada.

b) Y, hermanos míos, ¿quién entre nosotros no confesará asimismo pecados de acción? ¿Quién entre nosotros no ha quebrantado el mandamiento de Sábado? ¿Quién entre nosotros no ha torcido en vano el Nombre de Dios? ¿Quién entre nosotros osará decir que ama al Señor nuestro Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas? ¿O es que no hemos demostrado, de manera activa, que codiciábamos los bienes de nuestro prójimo? La verdad es que hemos quebrantado estos mandamientos, y bien nos será unirnos a aquella confesión general.

«Hemos hecho cosas que no debíamos haber hecho; hemos dejado sin hacer cosas que deberíamos haber hecho, y no hay salud para nosotros».

Ahora bien, el dulce pensamiento es que Cristo murió por nosotros, incluso sabiendo que seríamos transgresores persistentes y volubles. Como pecadores, pues, hemos sido culpados, y por ello hemos venido a ser santificados. ¿No encarece esto para con nosotros el amor



arlata por el pecado, grandes y persistentes  
adores?

En cuanto a mí, pienso que cuando peco,  
o peor que muchos de vosotros, porque peco  
tra una mejor instrucción que muchos de mis  
ntes recibieron en su juventud. Muchos de  
otros, cuando pecáis, pecáis contra fieles mi-  
ros y contra las advertencias más solemnes.  
éis hecho costumbre de sentaros a los pies  
pastores veraces; con frecuencia os han re-  
lado vuestros pecados. Recordad esto, que  
ndo pecáis, no pecáis tan barato como otros;  
ndo pecáis contra la convicción de vuestras  
ciencias, contra las advertencias de vuestros  
gos, contra la luz que poseéis y contra las  
mnes amonestaciones de vuestros pasto-  
pecáis mucho más gravemente que otros.  
Acaso el hotentote no peca como peca el  
nico. El que ha sido criado en esta tierra  
de que sea ostensiblemente más recto, pero  
de que sea interiormente más malvado,  
que peca contra más conocimiento. Pero  
uso por ellos Cristo murió: por aquellos que  
pecado contra los llamamientos del amor de  
s, contra la voz de su conciencia, contra las  
aciones de la Palabra de Dios, contra las  
ertencias de su Providencia; sí, por ellos  
to murió, y en ello Él encomienda su amor  
a con nosotros, en que murió por pecadores.  
que me escuchas, si has pecado así, no  
esperes por ello, puede que aún te dé rego-  
en su redención.

(c) Reflexiona otra vez. Cuando éramos  
adores, éramos pecadores contra la misma  
sona que murió por nosotros. Extraño es,  
año más allá de toda medida, maravilloso es  
el mismo Cristo contra quien hemos pecado  
iese por nosotros. Si un hombre fuese herido  
a calle, si se exigiese un castigo contra el  
tante, sería sumamente extraño que el he-  
llevase por amor el castigo, para que el otro  
dase libre; así fue con Cristo. Él había sido  
do y, no obstante, sufrió por el mismo daño  
otros le hicieron. Murió por sus enemigos,  
aquellos que le odiaban y le escarnecieron.  
Hay una antigua tradición que afirma que el  
mo hombre que traspasó el costado de Cris-  
ue convertido; y a veces pienso que quizás  
el Cielo nos encontraremos con aquellos

poderoso; puede perdonar a grandes tra-  
gresores. Sé que mi Señor dijo: «Comenzad  
Jerusalén». Y creo que lo dijo porque allí vivían  
los hombres que le habían crucificado, y que  
que fuesen salvos.

Mi oyente, ¿has blasfemado alguna  
contra Cristo? ¿Te has burlado de Él alguna  
y has escarnecido a su pueblo? ¿Has hecho  
todo lo que podías para imitar el ejemplo de  
que escupieron en su santo rostro? ¿Te ar-  
pientes de ello? ¿Te das cuenta de que ne-  
sitas un Salvador? Entonces te digo, en Nom-  
de Cristo, que Él es tu Salvador; sí, tu Salva-  
aunque lo hayas injuriado, lo hayas pisotea-  
hayas hablado mal de su pueblo, de su día,  
su Palabra y de su Evangelio.

Una vez más, recordemos que muchos  
nosotros, como pecadores, hemos sido per-  
nas que durante mucho tiempo hemos oído el  
buena nueva y, con todo, la hemos desprecia-  
Quizás no haya nada más asombroso en la  
pravación del hombre que el hecho de que  
capaz de olvidar el amor de Cristo. Si no fue-  
mos tan pecaminosos como somos, no hab-  
ninguno de nosotros aquí esta mañana que  
diese contener las lágrimas al pensar en el ar-  
del Salvador, y creo que no hay un solo hom-  
mujer o niño aquí que no diría: «¡Te amo, oh  
Dios, porque has hecho tanto por mí!». Sin du-  
la prueba más clara de nuestra depravación  
que no amemos en el acto al Cristo que mu-  
por nosotros.

Se cuenta una historia de los Covenantistas  
de un hombre llamado Patrick Welwood, cu-  
casa fue rodeada en una ocasión en que  
ministro se había escondido allí buscando se-  
ridad. Los dragones de Claverhouse estaban  
la puerta y el ministro había huido. Llamaron  
dueño de la casa y le preguntaron:

—¿Dónde está el ministro?

—Se ha ido, y no puedo decir dónde, por-  
no lo sé.

Pero no se sintieron satisfechos con e-  
respuesta; lo torturaron, y debido a que no po-  
decirles dónde estaba (porque de verdad no  
sabía), le dejaron, después de aplicarle el t-  
mento del tornillo en el pulgar. Luego se lleva-  
a su hermana, una muchacha que vivía en  
casa. Creo que ella sí sabía dónde se escond-

—No, antes moriré, pues no puedo traicionarte al siervo de Dios, ni lo haré, con la ayuda de Dios.

La arrastraron al borde del agua y la obligaron a que se arrodillase, decididos a darle la muerte. Pero el capitán dijo:

—Aún no; intentaremos atemorizarla.

Entonces, mandó a un soldado que se agachara y le pusiera la pistola contra la sien, insistiendo a que revelase dónde estaba el ministro, o moriría. Saltó el gatillo, pero la pistola no estaba cargada. Ella se sobresaltó, y le volvieron a hacer la pregunta:

—Dinos ahora dónde está —insistieron—, o te matamos.

—Nunca, nunca —dijo ella.

Volvieron a intentarlo. Esta vez descargaron las balas de carabinas al aire para aterrorizarla. Al fin resolvieron darle muerte de verdad, y entonces Trail, el ministro, que estaba escondido en un lugar cercano, sobresaltado por la descarga de las carabinas y dándose cuenta de que la pobre muchacha estaba a punto de morir por su culpa, saltó adelante y gritó:

—Perdonad la vida a esta muchacha, y también la mía; esta pobre chica inocente, ¿qué os he hecho?

La pobre joven ya había muerto, vencida por el mismo miedo, pero el ministro había salido dispuesto a morir él a fin de salvar la vida de la muchacha.

Oh, amigos, a veces he pensado que el hecho del martirio de la muchacha fue algo semejante al del bendito Jesús. Él viene a nosotros y nos dice: «Pobre pecador, ¿quieres tú ser mi amigo?». Y respondemos: «¡No!». «¡Ah! —dice él— moriré que lo seas; moriré por ti». Y va a morir por la cruz. Oh, pienso que podría lanzarme afuera a decir: «¡No, Señor Jesús! ¡No debes morir por mi culpa así!».

De cierto, un sacrificio como éste es un precio demasiado alto que pagar por pobres gusapecos pecaminosos. Con todo, mis oyentes, volviendo otra vez a lo que he dicho antes, oiréis esto, y nueve de cada diez de vosotros os iréis de este lugar y diréis: «Era una vieja historia»; y mientras que podéis derramar una lágrima por cualquier otra cosa, no derramaréis una sola lágrima por Jesús, ni emitiréis un solo

¡Ojalá Dios quisiera cambiar vuestros corazones, y que así pudieseis ser llevados a querer a Jesús».

Además, hemos de observar que Dios no tuvo en cuenta el mérito humano cuando Cristo murió; de hecho, ningún mérito podría haber ocasionado la muerte de Jesús. Aunque hubiésemos sido tan rectos como Adán, nunca habríamos merecido un sacrificio como el que Jesús llevó a cabo por nosotros. En otras palabras, tanto cuanto está declarado que «Cristo murió por los pecadores», se nos enseña que Dios tuvo en cuenta nuestros pecados, no nuestra justicia.

En efecto, cuando Cristo murió, murió por los hombres sucios, malvados y abominables, tanto buenos y excelentes. Cristo no derramó su sangre por nosotros como santos, sino como pecadores. Nos consideró en nuestra inmundicia abominable, en nuestro alejamiento y desgracia, no en aquel estado excelso al que después nos eleva la gracia, sino en toda la descomposición en la que hemos caído por nuestro pecado. No podía haber mérito alguno en nosotros; y por eso Dios encarece su amor por medio de nuestra total indignidad.

De nuevo, es cosa totalmente cierta que, tanto cuanto Cristo murió por nuestros pecados, Dios no tenía interés propio que servir al enviar a su Hijo a morir. ¿Pues cómo podrían servirle a los pecadores?

Por otra parte, si Dios lo hubiese querido, podría haber aplastado esta madriguera de serpientes y haber hecho otro mundo, en santidad. Si Dios hubiese querido, en el momento en que el hombre pecó, podría haber dicho al mundo: «Serás quemado», y así como los astrónomos pueden ver la luz de un mundo lejano ardiendo a miríadas de millas de distancia, este mundo podría haber sido consumido con un calor que lo fundiese, quedando abrasado el pecado fuera de su barro. Pero no; aunque Dios hubiese querido crear otra raza de seres y habernos o bien aniquilado o bien habernos consignado al tormento eterno, se agradó de velarse en carne para morir por nosotros. Desde luego, ahí no puede haber ningún motivo de propio interés. Dios no ganaba nada con la salvación del hombre.

¿Cuáles son las atracciones de las voces humanas en el paraíso? ¿Cuáles son las débiles sinfonías que pueden cantar los labios humanos



no rodean día y noche su trono con regocijo? ¿O es que no son suficientes sus doradas alas? ¿No es suficientemente grande la orquesta del Cielo? ¿Tiene nuestro glorioso Señor que dar su sangre para adquirir pobres gusanos que unan sus miserables notas a la gran masa del universo? Sí, tiene que hacerlo; y por tanto somos pecadores, y no teníamos posibilidad alguna de compensarle por su bondad, sino que encarece su amor para con nosotros, estando aún pecadores, Cristo murió por nosotros».

2. Pero hay otro encarecimiento del amor: Cristo murió por nosotros sin que le fuese heredero. Esto es, Cristo no me consideró como un heredero despierto del Cielo, sino como un heredero muerto, corrompido, perdido y arruinado del infierno. Si Él hubiese muerto por mí en condición de heredero despertado del Cielo, entonces yo hubiese podido rogarle que muriese por mí, porque en tal caso tendría capacidad y voluntad de orar; pero Cristo murió por mí cuando yo no tenía ni capacidad ni voluntad de elevar mi voz en oración a Él. Fue algo totalmente no buscado.

¿Dónde oíste que el hombre fue el primer beneficiario de la misericordia? ¿Acaso pidió el hombre a Dios que le redimiese? No, más bien es al contrario; es como si Dios rogase al hombre que se redimiese. El hombre nunca pidió que pudiese ser perdonado, pero Dios le perdona, y luego el hombre vuelve y clama:

«Volved a Mí, rebeldes hijos de los hombres, y yo os daré misericordia de vosotros».

Pecadores, si os pusierais de rodillas y de arrodillados estuvieseis durante meses clamando por misericordia, sería una gran misericordia de la Misericordia pusiese sus ojos sobre vosotros; pero fue sin pedir, cuando estábamos rebeldes y en total rebelión, cuando no queríamos volver a Cristo, que vino a morir por nosotros. ¡Contadlo en el Cielo, contadlo en el mundo inferior! El asombroso amor de Dios sobre todo pensamiento, porque el amor mismo murió por el odio; la Santidad se hizo crucificar para salvar a pobres pecadores, y sin que se le buscara y sin que fuese buscado, como un militar en el desierto, titilando espontáneamente sobre sus aguas juveniles, Jesucristo vino a morir

## CONCLUSIÓN

Y ahora, mis queridos oyentes, quiero terminar, si me ayuda el Espíritu de Dios, tratando de encareceros el amor de Dios tanto como puedo, invitando a todos aquellos de vosotros a considerar la necesidad de un Salvador, a que os aferréis a Él y le abracéis ahora como vuestro sacrificio todo suficiente.

En primer lugar, sé que le necesitas. Puede que tú mismo no seas consciente de ello, pero lo necesitas. Tienes una lepra en lo más íntimo de tu corazón; necesitas un sanador; dices, «¡Dios rico!», pero, pecador, no lo eres; estás desnudo y eres pobre y mísero. Dices: «Dios al final me aceptará»; pero, pecador, sin Cristo no serás aceptado, porque todo el que no cree en Cristo «no tiene la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él». ¡Oh, la ira de Dios! Pecador, necesitas a Cristo, aunque no te des cuenta. ¡Que el Señor te hiciese consciente de esto!

Además, se acerca el día en que sentirás tu necesidad de Cristo, si ahora no la sientes. Dentro de muy pocos años, quizás meses, incluso días, yacerás sobre el último lecho que te portará tu peso; pronto te depositarán sobre blandos almohadones, tu cuerpo estará debilitado y tu alma llena de dolor. Puede que vivas ahora sin Cristo, pero te será cosa difícil morir sin Él. Puede que te pases ahora sin este pensamiento, pero cuando llegues al río te considerarás insensato por haberte reído del único puente que puede llevarte al otro lado. Puede que no nos precies a Jesús ahora, pero ¿qué harás cuando las crecidas del Jordán? ¿O puedes hacer frente a la muerte sin temor? No, hombre, tú que te estremeces si caes víctima de alguna pequeña enfermedad, ¿qué harás cuando estés en las fauces de la muerte, cuando su huesuda mano te apretuje, y cuando su saeta haya entrado hasta lo más profundo? ¿Qué harás entonces sin un Salvador? ¡Ah, entonces le querrás!

¿Y qué harás cuando hayas pasado la nebulosa corriente, y te encuentres en el Reino de los espíritus —en aquel día de juicio, cuando retumbarán los truenos y se desatarán las alas del rayo— cuando los torbellinos proclamarán con voz de trompeta la llegada del gran Juicio? ¿Qué harás cuando comparezcas ante su tribunal, delante del cual, atónitas, huirán las estrellas, te

ando, desde su trono, Él exclame: «Ven aquí, pador», y comparecerás solo, para ser juzgado por todas las obras hechas en tu cuerpo? Harás la cabeza y dirás: «¡Oh! ¡Un abogado!». Él te mirará y dirá:

«Yo llamé, y rehusasteis; extendí mi mano, nadie hizo caso; también Yo me reiré de vuestro calamidad, y me burlaré cuando venga vuestro temer».

¡Ah!, ¿qué harás entonces, pecador, cuando establezca el tribunal? ¡Ah, habrá llantos! ¡Hará llantos delante del tribunal de Cristo! ¿Y harás el día en que te diga: «Apartaos de los malditos», y cuando el negro ángel, con un rostro más fiero que el rayo y una voz más fuerte que diez mil truenos, os grite: «¡Apartaos!», y te lleve allí donde para siempre yacen aquellos malditos espíritus, atados con cadenas de hierro y que fueron echados largo tiempo a la perdición? No me digas que te cuento cosas terribles; si son terribles de hablar, ¡cuán terribles son de soportar! Si no te crees lo que te digo, me extrañará que te rías de mí; pero por tanto la mayoría de vosotros creéis esto, os presto la más solemne atención a esta cuestión.

¡Oídmeme, pues! ¿Creéis que hay un infierno donde estáis dirigiéndoos allí? ¿Y sin embargo seguís vuestra insensata marcha? ¿Creéis que más allá de vosotros, cuando termina la corriente de la vida, hay un negro golfo de desolación? ¿Y seguís, no obstante, navegando hacia el agotando vuestra copa de dicha, alegres en la efímera vida? ¡Deténte, pobre pecador, detente! ¡Deténte! Puede que éste sea el último momento que tengas la oportunidad de detenerte. Por ello, te lo ruego, deténte. Y si sabes que eres un pecador perdido y condenado, si el Espíritu Santo te ha humillado y te ha hecho sentir tu pecado, deja que te diga cómo serás salvo:

«El que crea en el Señor Jesucristo y sea bautizado, será salvo; el que no crea, será condenado» (Mr. 16:16).

¿No te gusta este mensaje? ¿Debería haber dicho alguna otra cosa, y no esto? No cambie mi mensaje por mucho que no te guste. Lo que Dios diga, yo diré; lejos de mí alterar el mensaje del Altísimo; lo que haré será, con su ayuda, anunciar su verdad sin modificarla.

confiar en uno mismo, y confiar en Jesucristo como tu Salvador. Como dijo aquel hombre sencillo:

«Mire, así es como yo creo: cuando veo una promesa no me pongo de pie sobre la promesa sino que digo: *la promesa es firme y fuerte* y me tumbo sobre ella. Si la promesa no aguanta, entonces es culpa de la promesa. Pero me tumbo sobre ella».

Esto es fe:

«Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Ti. 1:15).

La fe es decir:

«Bien entonces, me hunda o flote, ésta es mi única esperanza; perdido o salvado, es mi único refugio. Estoy resuelto, porque es mi última defensa. Tanto si allí pereciere y muriera junto a su cruz aferrado seguiré».

«¡Qué! —dice alguien— ¿nada de buenas obras?».

Las buenas obras vendrán después, pero no van con ella. Has de acudir a Cristo no con buenas obras, sino con tus pecados, y si acudes con tus pecados, te los quitará y te dará después buenas obras que hacer. Después que creas habrá buenas obras como efecto de tu fe. Pero si te crees que la fe será efecto de las buenas obras, estás errado. Es «cree y vive». Como las llama las palabras vivificadoras del Evangelio. «cree y vive». Ésta es la suma y sustancia del Evangelio.

¿Dice alguno de vosotros que esto no es el Evangelio? Entonces un día os preguntaré cómo es el Evangelio. ¿No es ésta la doctrina que predicó Whitefield? Decidme, ¿qué otra cosa tronó Lutero, cuando sacudió el Vaticano? ¿Qué otra cosa proclamaron Agustín y Crisóstomo sino esta doctrina de la salvación en Cristo por la sola fe? ¿Qué escribió Pablo? Escudriñad sus epístolas. ¿Qué dijo el mismo Salvador, cuando dejó registradas estas palabras: «Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándoos en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»? ¿Qué fue lo que mandó a sus discípulos que les enseñase? Que les enseñase esas mismas palabras que ahora he repetido. Fueron su último encargo:



Pero me insistirás: «¿Cómo puedo creer que to murió por mí?». Bien, pues así; a saber, dice que murió por los pecadores. ¿Puedes decir que eres un pecador? No me refiero a una mala y bien educada frase que muchos de nosotros empleáis cuando decís: «Sí, soy un pecador», pero que cuando nos sentamos y te preguntas: «¿Quebrantaste este mandamiento?», me respondes, «¡Oh, no!». Y, sin embargo, eres un pecador.

Ahora bien, ésta es la clase de pecadores a los que yo voy a predicar. Los pecadores a los que yo querría llamar al arrepentimiento son aquellos a los que Cristo invitó —aquellos que de verdad dicen lo que dicen cuando confiesan que son pecadores—, aquellos que saben que son pecadores, aquellos que saben que son miserables, viles y perdidos.

Si conoces tu condición de pecador, Cristo murió en verdad por ti.

Recuerda aquel notable dicho de Lutero: «Satanás vino a mí una vez y me dijo: —Martín Lutero, estás perdido, porque eres un pecador.

Y yo le repliqué:

—Satanás, gracias por decirme que soy un pecador, porque, por cuanto dices que soy un pecador, así te respondo: *Cristo murió por pecadores, y si Martín Lutero es pecador, Cristo murió por él*».

¿Puedes decirte de esto, tú que me estás preguntando? No es en base de mi autoridad que te digo, sino en base de la autoridad de Dios. Regocíjate, porque si eres el más grande de los pecadores, serás salvo, si crees...

«Jesús, tu sangre y justicia son mi gloria y hermoso vestido; en medio de la conflagración por ti seré protegido.

En aquel día no temeré, ¿pues quién a mí me ha de acusar?

En Cristo tengo la absolución de toda mi culpa y maldición».

Canta esto, pobre alma, y habrás comenzado a cantar el cántico del Paraíso. Quiera el Señor, y el Santo Espíritu, aplicar estas sencillas oraciones de verdad a la salvación de vuestras almas.

**INTRODUCCIÓN:** El hombre, espectáculo de ángeles y observado por Dios

- I. LA DOCTRINA GENERAL: Dios nos ve
  1. Demostración por la naturaleza de Dios
  2. Demostración por las Escrituras
  3. Dios, activo, no pasivo
  4. Dios, no sólo omnisciente, también presciente

II. LA DOCTRINA ESPECIAL: «Tú, Dios, nos ves»

1. Dios nos ve personalmente
2. Dios nos ve en todas partes
3. Dios nos conoce mejor que nosotros mismos

III. DIFERENTES INFERENCIAS PARA PERSONAS DIFERENTES

1. Para los dados a la oración
2. Para los ansiosos
3. Para los calumniados
4. Para los impíos que no conocen a Cristo

**CONCLUSIÓN:** Dios ve, juzga y ofrece salvación

## OMNISCENCIA

### INTRODUCCIÓN

Hay más miradas clavadas sobre el hombre de las que él se piensa: él no ve como es visto. Él se considera oculto y no observado, pero cuando recuerda que toda una nube de testigos lo está observando de pleno. Allí donde esté, en cada instante, hay seres con la atención puesta intencionalmente en todo lo que hace, y con los ojos constantemente fijos en sus acciones.

No dudo que dentro de este auditorio hay millones de miradas de espíritus que nosotros no podemos ver: espíritus buenos y espíritus malos; sobre nosotros están posados los ojos de ángeles; cuando toda atención, estos espíritus perfectos contemplan nuestro orden, oyen nuestros cánticos, observan nuestras oraciones. Y puede que vayan al Cielo a comunicar a sus compañeros las noticias de aquellos pecadores que nacieron de nuevo de Dios, porque hay gozo en presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente...

Millones de criaturas espirituales andan

luz de las sombras no vistas, y la luz del día también sus espíritus. El príncipe del poder aéreo, asistido por sus escuadrones de malos espíritus, atraviesa con frecuencia el éter. Los malos espíritus observan cada momento nuestras vacilaciones, mientras los buenos espíritus, llamando por la salvación de los escogidos de Dios, nos guardan en todos nuestros caminos, para que nuestro pie no tropiece en piedra. Los ángeles de seres invisibles ayudan a cada uno de nosotros en diferentes períodos de nuestras vidas. También hemos de recordar que no sólo los ángeles contemplan los espíritus angélicos, escogidos y caídos, sino que también «los espíritus de los justos hechos perfectos» contemplan continuamente nuestra conducta.

El apóstol nos enseña que la noble muchedumbre de mártires y la gloriosa compañía de santos y presbíteros son «testigos» de nuestra raza en el cielo, al decir:

«Por tanto, nosotros también, teniendo en medio de nosotros tan grande nube de testigos, dejémosnos de todo peso y del pecado que nos asedia» (He. 12:1).

Desde el cielo azul allende los ojos de los santificados nos contemplan; allí los hijos de Dios están sentados en estelares tronos, observando si sostenemos varonilmente la bandera de Dios en medio de la que ellos lucharon; contemplan nuestro valor, o detectan nuestra cobardía; y están en el deseo de ser testigos de nuestras buenas acciones, o de nuestra ignominiosa desdada en el día de la batalla.

Recordad esto, vosotros, los hijos de los hombres: no pasáis desapercibidos; no recorréis el mundo en oscuridad e incógnito. En las más oscuras sombras de la noche, hay ojos que contemplan a través de la negrura. En el esplendor del día, los ángeles son espectadores de vuestras labores. Desde el Cielo, los santos contemplan espíritus que ven todo lo que los seres humanos puedan contemplar. Pero si creéis que es la pena atesorar este pensamiento, hay otro que recapitula todo esto y lo anega, de la misma manera que una gota de agua se pierde en el océano; y es el pensamiento de que «Tú, Dios, me ves».

En efecto, nada es que los ángeles me vean, nada es que los demonios me contemplan, nada

Tú, Dios, me ves en todo tiempo. Reflexionen ahora acerca de esto, y que Dios el Espíritu Santo haga empleo de ello para nuestro provecho espiritual.

## I. LA DOCTRINA GENERAL

1. El hecho de que Dios nos ve puede ser fácilmente demostrado, ya desde la misma naturaleza de Dios. Sería difícil suponer un Dios que no pudiese ver a sus propias criaturas; sería extremadamente difícil imaginar una divinidad que no pudiese contemplar las acciones de sus obras de sus manos.

La palabra que los griegos aplicaban a Dios implicaba que era un Dios que podía ver: llamaban *Theos*, y derivaban esta palabra de la raíz *theisthai* (que significa «ver»), porque consideraban a Dios como el que todo lo veía, cuya mirada abarcaba todo el universo de golpe, cuyo conocimiento sobrepasaba en gran manera al de los mortales. Dios Omnipotente, en su misma esencia y naturaleza, ha de ser Dios omnisciente. Eliminemos el pensamiento de que Él me ve, y extinguiremos la deidad con un solo golpe.

Ciertamente, no habría Dios si Dios no pudiese verse, porque un Dios ciego no sería Dios de ninguna manera; no podríamos concebir a Dios así. Por ello, cuando decimos «Tú, Dios, me ves» de hecho en esta expresión comprendemos la idea de un Dios que todo lo ve. Ni siquiera los idólatras adoraban dioses ciegos, sino que algunos de ellos eran llamados «dioses de vislumbre».

2. Más aún, estamos seguros de que Dios ha de vernos porque en las Escrituras se nos enseña que Dios está en todo lugar; y si Dios está en todo lugar, ¿qué puede impedirle ver todo lo que se hace en cada rincón de su universo? Dios está aquí: no se trata simplemente de que yo viva cerca de Él, sino que «en Él vivo, y me muevo, y soy». No hay una partícula de este inmenso espacio que no esté llena de Dios. En cada porción de la tierra que pisamos, y en el lugar donde nos movemos, ahí está Dios. «Dentro de tu poder me encuentro yo; en todo lugar tu mano encuentro. Si velo, si duermo, en casa o tierra extraña por Dios sigo estando rodeado».



que Dios no es un ser limitado a un lugar, sino que está en todas partes, está allá y allá y acullá, en las más profundas minas jamás horadadas, en las abismos y sondables cavernas oceánicas, en las montañas majestuosas y excelsas, en las profundas fosas marinas nunca alcanzadas por las sondas, Dios está en todas partes...

Sé por sus propias palabras que es un Dios que llena la inmensidad: los Cielos no son lo suficientemente espaciosos para Él; toma el sol con una mano y la luna con la otra; se extiende sobre el éter ignoto. Allí donde jamás han batido las alas de serafín alguno, allí está Dios. Y allí donde la solemnidad del silencio jamás ha querido rota por el cántico del querubín, ahí está Dios. Dios está en todas partes. Concibe el espacio, y Dios y el espacio son iguales. Bien, pues, si Dios está en todas partes, ¿cómo puedo dejar de creer que Dios me ve allí donde yo estoy?

Él no me contempla desde una distancia: si yo me fuese, me podría poner a cubierto bajo las alas de la noche; pero ahí está, junto a mí. Dios sólo junto a mí, sino también en mí, dentro de este corazón, allí donde estos pulmones se abren y cierran, o donde mi sangre fluye por mis venas, o donde palpita este mi pulso, como un tambor apagado, tocando mi marcha hacia la muerte. Sí, Dios está ahí, dentro de esta boca, dentro de esta lengua, en estos ojos. Dios mora en el interior de uno de vosotros, está dentro de vosotros. Dios a vuestro alrededor, está a vuestro lado, detrás de vuestro hombro. ¿No es demasiado maravilloso para vosotros este conocimiento? ¿No es excelso, para vosotros no podéis alcanzarlo? Os digo yo: ¿cómo podréis resistir la doctrina, que os viene como un resplandor que alumbraba, que si Dios está en todas partes lo ha de ver todo, y que por ello es justo que «Tú, Dios, me ves»?

3. Pero para que nadie suponga que Dios puede estar en un lugar y, sin embargo, adorado, recordemos que en cada punto al que vamos acudir no hay simplemente Dios, sino la actividad de Dios. Allí donde vayamos encontraremos no a un Dios estático, sino a un Dios vivo en los asuntos de este mundo. Llevadme al verde prado y a los agradables pastos; allí, en la verde brizna de hoja, hay la mano de Dios, haciéndola crecer; y cada diminuta margarita,

«Dios está en mí, haciendo circular mi sangre y abriendo mi pequeña flor».

Id por donde queráis por esta ciudad de Londres, donde apenas si se encuentra vegetación, mirad más allá y contemplad las lejanas estrellas: Dios está activo allá; es su mano que hace mover las estrellas y hace ir a la luna en su curso nocturno. Pero si no vemos ni las estrellas ni la luna, ahí tenemos esas nubes, que se cubren como tinieblas, como los carros de la noche, ¿quién las mueve por el mar azul? ¿Es acaso el aliento de Dios soplando sobre ellas, o lo que las impulsa por los cielos?

Sí, Dios está en todas partes, y no adormecido, sino activo. Me encuentro sobre el mar: veo a Dios haciendo que el perpetuo pulso de la naturaleza palpite en constante flujo y reflujo. Estoy en el desierto sin sendas, pero por encima de mí chillan el buitre y veo a Dios poniendo alas al vuelo de esta ave silvestre. Me encuentro encerrado en una ermita, pero un insecto cae sobre su hoja, y veo, en aquel insecto, una vida que Dios preserva y sustenta. Más aún, excluidme de la creación animada y ponedme sobre una desolada roca donde el mismo moho no puede encontrar donde arraigar: allí discerniré a Dios sobrellevando las columnas del universo, sosteniendo aquella desnuda roca como pedestal del colosal fundamento sobre el que ha edificado el mundo...

«Allí donde nuestros escrutadores ojos vuestros vamos, vuestros radiantes huellas resplandecen; miríadas de maravillas surgen y su divina fuente proclaman. Las vivientes tribus de incontables formas en la Tierra, aire y mar, las moscas insignificantes y exiguos gusanos el omnipotente poder declaran».

Veréis a Dios en todas partes, si le veis a vuestro alrededor, mirad en vuestro interior. ¿No está ahí? ¿No está vuestra sangre ahí fluyendo por cada porción de vuestro cuerpo hacia y desde vuestro corazón? ¿Y no está Dios activo? ¿No sabéis que cada palpito de vuestro ser necesita la voluntad de Dios como su permiso, y que necesita el ejercicio del poder divino como su causa? ¿No sabéis que cada vez que respiráis necesitáis

Si pudiésemos mirar en nuestro interior, hay cosas poderosas que tienen lugar en esta estructura mortal —el ropaje del alma—, que os dejan atónitos, y que os harían ver que verdaderamente Dios no está dormido, sino que está vivo y ocupado. Hay en todas partes la acción de Dios, un Dios con sus ojos abiertos en todas partes, un Dios que está haciendo algo, no un Dios adormecido, sino trabajando. Entonces, haciendo esto, ¿no atraviesa vuestra mente la convicción con toda fuerza, contra la que no podéis cerrar los ojos, de que por cuanto Dios está en todas partes y en todo lugar activo, que la consecuencia necesaria e inevitable es que Dios puede vernos y conocer todas nuestras acciones y obras?

4. Tengo otra prueba que ofrecer, que es concluyente. Atended a aquellas antiguas profecías, leed lo que Dios dijo acerca del fin de Babilonia y de Nínive; dirigíos al capítulo donde Dios da la sentencia sobre Edom, o allí donde Dios dice que Tiro será una desolación; luego arrojados por las tierras al polvo, las ciudades en ruinas, y responded a esta pregunta: ¿No es Dios un Dios presciente? ¿No puede ver las cosas que han de venir?

Dios puede, y no hay nada que vaya a suceder en el siguiente ciclo de mil años que no haya estado ya en la infinita mente de Dios; ninguna acción que vaya a tener lugar mañana, o pasado mañana, o al siguiente día, a lo largo de la eternidad, que los días pueden ser eternos, sin que Dios no lo sepa todo. Y si Él sabe el futuro, ¿no puede entonces el presente? Si sus ojos penetran la neblina oscura que nos vela las cosas del futuro, ¿acaso no podrá ver aquello que se halla en el resplandor del presente? Si puede ver a una distancia, ¿no podrá ver lo que es cercano? De luego, aquel Ser divino que discierne el tiempo desde el principio, ha de conocer las cosas que tienen lugar ahora, y ha de ser cierto que Dios, «Dios, me ves»; sí, a la totalidad de nosotros, a toda la raza de los hombres.

#### LA DOCTRINA ESPECIAL

Llego ahora, en segundo lugar, a la doctrina especial: «Tú, Dios, me ves».

Bien, veamos, hay una desventaja al tener los ojos, como siempre la hay al dirigir-

Jesucristo predicó una vez un sermón de gran éxito cuando tuvo sólo una persona que le oyese, una mujer sentada junto a un pozo; no podía ella pensar que Cristo estaba predicando a alguna otra persona. Y el Señor le dijo:

«Ve, llama a tu marido, y ven acá».

Hubo algo ahí que incidió en el corazón de la mujer; no podía evadir la confesión de su culpa.

Se dice que cuando hablaba Rowland Houshonor aun si te encontrabas junto a una ventana o más lejos, al lado de la puerta, siempre tenía la convicción de que te estaba predicando a ti. ¡Ah, ojalá pudiese predicar de esta manera! Si tan sólo pudiese hacerte sentir que te estaba predicando a ti en particular, que te individualizaba, y que cada una de mis palabras las dirijo a ti, entonces podría esperar conseguir un cierto efecto. Porque quiero que escuches esta verdad y la hagas tuya: «Tú, Dios, me ves».

1. Fíjate en esto: Dios te ve —seleccionar a quienquiera de esta congregación—, te ve a ti y te ve tanto como si no hubiese nadie más en el mundo a quien mirar. Si yo me encuentro contigo que tengo aquí a toda esta gente a la que miras evidentemente mi atención ha de quedar dividida; pero la infinita mente de Dios puede centrarse en millones de objetos a la vez y, por otro lado, concentrarse tanto sobre una como si no hubiese nada más que aquella; de modo que esta noche, eres contemplado por Dios tan como si a través de todo el espacio no hubiese otro ser más que tú. ¿Puedes concebir esto?

Supón que las estrellas desapareciesen en la negrura, supón que todos los ángeles muriesen; imagínate que han desaparecido todos los espíritus glorificados por encima de ti y que eres el último hombre, te has quedado solo, y Dios te está contemplando. Pues bien, Dios te está contemplando precisamente así esta noche, de una manera tan total y absoluta, que no hay división ni distracción, como si fueses el único ser que sus manos hubiesen hecho. ¿Puedes darte cuenta de esto? Los ojos de Dios te están observando...

Más aún, Dios te ve enteramente. Él no meramente observa tus acciones; no simplemente observa cuál es la apariencia de tu rostro; sólo entra en su visión cuál pueda ser tu postura



corazón de cada hombre, a través de la cual  
 ar. No necesita que le cuentes lo que estás  
 sando, porque lo ve, lo puede leer a través  
 i... ¿No sabes que Dios puede leer lo que  
 escrito en las rocas en el fondo del océano,  
 que esté sumergido bajo diez mil brazas de  
 uras aguas? Y te digo esto: Él puede leer ca-  
 palabra en tu pecho; conoce cada pensa-  
 nto, cada imaginación, cada concepción, sí,  
 a imaginación incipiente, el pensamiento  
 nas si disparado del arco, reservado en la  
 pa de la mente, Él lo ve entero, cada partí-  
 , cada átomo del mismo...

«Mis pensamientos, apenas si recién nacidos,  
 ¡gran Dios!, Tú los conoces:  
 afuera, en casa, sigo encerrado  
 dentro de tu gran inmensidad.  
 Detrás yo miro y allí estás;  
 y delante tu Nombre resplandece.  
 Y es tu fuerte mano omnipotente  
 la que mi frágil ser sustenta».

¿Puedes apropiarte de este pensamiento?  
 s te está examinando ahora desde la coro-  
 de tu cabeza hasta la planta de los pies.  
 e su bisturí en tu corazón, su lanceta en tu  
 no; está escudriñando tu corazón y probando  
 entrañas, conoce tu pasado y tu futuro. Sí,  
 , Dios, me ves»; me ves enteramente.

2. Considera además que Dios te ve cons-  
 tantemente. A veces eres observado por los  
 mbres, y luego tu conducta es tolerable y  
 ecta; en otras ocasiones buscas un escond-  
 , y te entregas a cosas que no osarías hacer  
 la mirada de tus semejantes. Pero recuerda  
 : Dios te ve. Puede que os echéis junto a  
 pera de un oculto riachuelo donde los sauces  
 brigan, donde todo está silencioso, callado...  
 s está ahí, contemplándoos! Puede que os  
 éis a vuestra cámara y cerréis las cortinas  
 nuestro lecho, y que os acostéis para reposar  
 a negra tiniebla de la noche... ¡Dios os ve ahí!  
 Recuerdo una visita a un castillo hace un  
 to tiempo, descendiendo por una escalera de  
 col, dando vueltas y vueltas y más vueltas,  
 ta un rincón donde nunca penetraba la luz  
 prior. Al final llegué a un lugar muy estrecho,  
 tenía la longitud de un hombre:

—Ahí —dijo el guía— «fulano de tal» estuvo  
 errado durante tantos y tantos años, sin que

espesor de estas murallas ni subían por esta  
 calera de caracol; aquí murió, y aquí —añadió  
 guía señalando al suelo—, señor, fue enterra-

Pero aunque aquel hombre no tuviese  
 nadie en la Tierra que le viese, Dios le veía.  
 podéis encerrarme para siempre allá donde  
 gún oído pueda dar atención a mi oración, don-  
 el ojo jamás verá mi miseria; pero habrá un  
 que me verá y un rostro me sonreirá si sufro  
 causa de la justicia. Si estoy encarcelado  
 causa de Cristo, una mano estará sobre mi  
 una voz me dirá: «No temas; Yo te ayudaré».  
 toda ocasión, en todo lugar, en todos tus pe-  
 samientos, en todas tus acciones, en toda  
 intimidad, en todos tus actos públicos, en to-  
 momento, ésta es la verdad: «Tú, Dios, me ve».

3. Y aún otra vez: «Tú, Dios, me ve  
 supremamente. Puedo verme a mí mismo, pe-  
 no tan bien como mis amigos o enemigos. L-  
 demás me pueden ver mejor que yo mismo, pe-  
 nadie me puede ver como Dios me ve.  
 hombre conocedor del corazón humano pod-  
 interpretar mis acciones y traducir sus motiv-  
 pero no podría leer mi corazón como lo pue-  
 hacer Dios.

Nadie puede discernir a otra persona co-  
 Dios; nosotros no nos conocemos a nosot-  
 mismos como Dios nos conoce. Con todo  
 propio conocimiento de ti mismo, con todo lo  
 los demás te han dicho de ti, Dios te conoce m-  
 a fondo que tú mismo; ningún ojo te puede  
 como Dios; puede que actúes a la luz del  
 puede que no te avergüences de tus accion-  
 podrás estar de pie ante los hombres y de-  
 «Soy una persona pública; quiero ser observa-  
 y reconocido». Puede que todas tus accion-  
 queden registradas y que todos los hom-b-  
 puedan oír de ellas, pero desde luego de lo  
 estoy seguro es de que nadie jamás te conoc-  
 como Dios te conoce. Y si pudieses ser en-  
 denado como lo fue Pablo, con un soldado ju-  
 a tu brazo, si estuviese contigo de día y  
 noche, durmiendo contigo, levantándose co-  
 go, si pudiese oír todos tus pensamientos,  
 podría conocerte como Dios te conoce; por-  
 Dios te ve de una manera superlativa y superer-

III. DIFERENTES INFERENCIAS PARA PE-  
 SONAS DIFERENTES

ción: Dios te ve; y si puede verte, desde luego podrá oírte. Ciertamente, a veces oímos a la gente cuando no la podemos ver. Si Dios está cerca de nosotros y si su voz es como el viento, sus oídos son tan buenos como sus ojos. Seguro que nos responderá.

Quizás no puedas decir una palabra cuando estás triste. No te preocupes. Dios no quiere oír; Él quiere saber lo que quieres decir con sólo verte. Él —dice el Señor— está uno de mis hijos en el Cielo. Pero, ¿ves aquella lágrima deslizándose por su mejilla? ¿Oyes aquel suspiro?». ¡Oh, Dios todopoderoso, Tú puedes ver a la vez la lágrima y el suspiro! Tú puedes leer el anhelo cuando el anhelo no se ha revestido de palabras. Dios puede interpretar el deseo desnudo; Dios necesita encender la candela de nuestros deseos con lenguaje: puede ver la candela antes de que sea encendida.

Él conoce las palabras que queremos proferir cuando de nuestros labios no se pueden sacar por causa de la angustia de nuestro espíritu. Él conoce el deseo, cuando las palabras se tambalean abrumadas bajo su peso; Dios conoce el anhelo cuando el lenguaje se ve impotente para expresarlo. Por eso, Dios, cuando no pueda orar con palabras, me echaré sobre mi rostro y gemiré mi oración; y si no puedo escribir, la suspiraré; y si no la puedo suspirar, me desearé; y cuando estos párpados se rompan con la muerte haya sellado estos labios, entraré en el Cielo con una oración que no oirás pero que Dios oirá: la oración de mi espíritu más interior, cuando me fallen mi corazón y mi carne, una oración para que Dios sea la fuerza de mi vida y mi porción para siempre.

2. He dado unas palabras para los que oran; he dado unas palabras para los ansiosos. Hay muchos aquí que están llenos de ansiedades y dudas y temores:

—¡Oh, señor! —me dirán—, si usted pudiese venir a mi humilde casa, no se extrañaría de que yo me sintiera ansioso. He tenido que vender mucho de mi pobre mobiliario para comprar comida; estoy llegando a un punto crítico; no tengo ni un centavo en Londres. ¡Estoy solo, solo en todo este mundo!

—¡Un momento, caballero! —le respondo— no se preocupe usted solo en el mundo: hay al menos un

En efecto, si tu caso llega a ser tan malo como el de este hombre, Dios puede ver tu ansiedad, tus angustias y tus necesidades. En el caso de un buen hombre, tiene que ser suficiente con ver la necesidad para prescribir la ayuda; y en el caso de Dios, le es suficiente con ver la angustia de su familia para en el acto suministrar las necesidades de ellos. Si estuvieses yaciendo herido en el campo de batalla, si no pudieses hablar, sabes en el acto que tus camaradas cuando vienen con una ambulancia te recogerán si sólo puedes verte; y esto es suficiente para prescribir el remedio. Del mismo modo, si estás caído sobre el campo de batalla de la vida, Dios te ve; que este pensamiento te reconforte.

Sí, Dios te aliviará, porque Él sólo tiene que ver los infortunios de sus hijos para dar alivio inmediato. Prosigue, entonces; sigue esperando; en la más negra hora de la noche, espera un mañana más brillante. Dios te ve, es Él quien te ve donde estés...

«Él tus cuitas, lágrimas y suspiros sabe; y tu cabeza con gozo hará erguir».

3. Y ahora una palabra para los calumniados. Hay algunos entre nosotros que son objeto de muchas calumnias. En bien pocas ocasiones está el mercado de la calumnia bajo paro; generalmente tiene una gran actividad; y hay personas que compran acciones a cualquier cantidad. Si la gente pudiese vender las acciones de ferrocarril tal como lo hacen con la calumnia, que tienen aquí algún pagaré se harían ricos en la noche a la mañana. Los hay que tienen gran abundancia de este material; están continuamente oyendo rumores de esto y de lo otro; hay uno u otro necio que no tiene cerebro suficiente para escribir con sentido, ni honradez suficiente para mantenerse en la verdad, y por esto mismo escribe los libelos más infames contra algunos de los siervos de Dios.

Bueno, ¿qué importa? Supongamos que eres calumniado; ésta es vuestra consolación: «Dios te ve, Dios me ves». Ellos dicen que tu motivo es egoísta o aquel, pero no tienes por qué responderles; puedes decir: «Dios conoce este asunto». Si te acusan de esta o esa cosa, de lo que eres inocente; tu corazón es recto acerca de la acusación; nunca la has cometido. Bien, no necesitas plantear batalla para defender tu reputación; sólo has de levantar la mano al Cielo y decir:



esperaré; su respuesta me exonerará totalmente y saldré del horno como oro purificado a veces».

Jóvenes, ¿estáis luchando por hacer el bien, pero os atribuyen malos motivos? No os preocupéis demasiado por responderles; proseguid vuestro camino, y vuestra vida será la mejor refutación de la calumnia. Los hermanos de David sabían que era por su soberbia y malicia de Goliat, razón que había acudido a ver la batalla. «¡Ah! Pensó David— Ya contestaré a esto más adelante». Y avanzó por la llanura para hacer frente a Goliat, le cortó la cabeza, y volvió a sus hermanos con una respuesta gloriosa en su mano vencedora. Si alguien quiere replicar a las falsas acusaciones de sus enemigos, que salga y haga el bien, y no tendrá que decir una palabra: la respuesta será la respuesta.

Yo mismo soy tema de calumnia, pero puedo hablar a cientos de almas que han sido salvadas en la Tierra por mi pobre instrumentalidad, mi réplica a mis enemigos es ésta: «Decid lo que queráis; pero viendo a estos cojos sanados, ¿podéis decir algo en contra de ellos? Pueden encontrar fallos en mi estilo y forma de ser, pero Dios salva almas, y me aferro a este hecho, como a la cabeza del gigante Goliat, para demostraros que aunque no fue más que con una lanza o una piedra, tanto mejor así, porque Dios alcanzado la victoria».

Vosotros, pues, los calumniados, proseguid vuestros hechos, y sobreviviréis a vuestros calumnias; y recordad esto, en vuestra mayor angustia: «Tú, Dios, me ves».

### CONCLUSIÓN

Y ahora una o dos frases para algunos de vosotros que sois impíos y no conocéis a Dios...

Lo que os diré es sólo esto: ¡cuán odiosos son vuestros pecados cuando se ponen bajo la luz de esta doctrina! Recuerda, pecador, siempre que pecas, lo haces frente al rostro de Dios. Es cosa mala hurtar en las tinieblas, pero un ladrón es el que lo hace a la luz del día. Es vil, terriblemente vil, cometer un pecado que luego encubrir, pero cometer mi pecado cuando estoy mirando demuestra mucha más dureza de corazón. ¡Ah, pecador! Recuerda que

tu pecado! Porque pecas frente al mismo rostro de la justicia cuando la mirada de Dios es puesta sobre ti.

Estaba el otro día observando una colmena de vidrio y era muy singular mirar los movimientos de las pequeñas criaturas en el interior. De este mismo modo, este mundo no es otra cosa que una gigantesca colmena de vidrio. Dios os contempla y os ve a todos. Entráis en vuestras pequeñas celdas en las calles de esta enorme ciudad; vais a vuestros negocios, a vuestros placeres, a vuestras devociones y a vuestros pecados... Pero recordad que allá adonde vais sois como las abejas bajo una gran cubierta transparente de vidrio: nunca podéis escapar de la mirada de Dios.

Cuando los hijos desobedecen ante los ojos de sus padres, esto muestra que están endurecidos. Si lo hacen a espaldas de sus padres, esto demuestra que les queda alguna vergüenza. Pero vosotros, caballeros, pecáis cuando Dios está presente ante vosotros; pecáis mientras la mirada de Dios os está escrutando exhaustivamente. Ahora mismo estáis pensando duros pensamientos contra Dios, y Dios escucha oyendo estos malvados pronunciamientos de vuestros inicuos corazones. ¿No hace e vuestro pecado extremadamente odioso? Entonces tanto, os lo ruego, pensad en ello, y arrepentid de vuestra maldad, para que vuestros pecados sean borrados por medio de Jesucristo.

Otro pensamiento adicional: si Dios te ve, pecador, ¡qué fácil será condenarte! En el caso judicial de Palmer, por ejemplo, se precisó a los testigos y se convocó un jurado para juzgar al acusado. Pero si el juez pudiese haber dicho desde el estrado: «Yo mismo vi a este hombre mezclar el veneno; estuve a su lado y vi cómo lo administraba. Leí sus pensamientos. Sabía con qué propósitos lo hacía. Leí sus corazones; estuve con él cuando al principio concibió el siniestro propósito, y le he ido siguiendo todas sus evasivas y en todos aquellos actos mediante los que pretendía sustraerse a la justicia. Y puedo leer en su corazón que él se sabe culpable», la causa habría quedado vista por sentencia; el juicio habría sido poco más que una forma.

¿Qué pensarás tú, oh pecador, cuando se

ste en la hora más oscura de la noche, cuando no había ningún ojo que te viese? Retrocederás y dirás: «¡Oh, Cielos! ¿Lo sabrá Dios? ¿Conocimiento en el Altísimo?». Él te dirá: «¡Mentente, pecador; tengo aún más con qué sobrecogerte». Y comenzará a abrir los registros del pasado; folio tras folio te leerá el diario que guardado de tu existencia. ¡Ah! Puedo verte, mientras Él te va leyendo página tras página: tus pensamientos chocan entre sí, el cabello se te ha erizado y la sangre se ha detenido en tus venas, la vida de terror, y estás allí como una segunda roca, una roca húmeda de lágrimas. Te encuentras sobrecogido al ver tus pensamientos expuestos públicamente delante del sol, mientras los hombres y los ángeles escuchan. Te ves desbordado más allá de tu capacidad al escuchar salir de la boca ajena tus imaginaciones, al ver tus fotografías ante el gran trono blanco, al oír una voz diciendo:

«Rebelión en tal ocasión; impureza en tal ocasión; malos pensamientos en tal ocasión; profanación del día del Señor en tal ocasión; blasfemia en tal ocasión; robo en tal momento; pensamientos duros contra Dios en tal período; abuso de su gracia en tal día; apagamiento de conciencia en otra ocasión».

Y así hasta el fin del capítulo, y luego la siguiente sentencia final:

«¡Pecador, apártate de aquí con maldición! ¡No vi pecar; no se precisa de testigos; oí tus pensamientos; oí tu blasfemia; vi tu robo; leí tus pensamientos. ¡Fuera, fuera! Quedo vindicado por mi sentencia contra ti; justa es mi condena contra ti: porque tú has cometido estas maldades delante de mi vista».

Finalmente, me preguntaréis qué debéis hacer para ser salvos; y yo nunca dejaré ir a una congregación, espero, sin haberles hecho saber el camino. Oíd, pues, en pocas palabras, el camino de la salvación. Es éste. Cristo dijo a los apóstoles:

«Predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo, y el que no crea, será condenado».

Y O, para daros la versión de Pablo cuando se dirigió al carcelero:

«Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo».

Y aún preguntas qué debes creer; a saber:

su resurrección borró las faltas de todos sus hijos. Y si, finalmente, Dios te da fe, crearás otros hijos. Cristo murió por ti; y serás purificado en su sangre, y confiarás en su misericordia y su amor para que sea tu redención eterna cuando el mundo acabe.

### 3. LA PROVIDENCIA DE DIOS

«Mientras yo miraba los seres vivientes, aquí una rueda sobre la tierra junto a los seres vivientes, a los cuatro lados. El aspecto de las ruedas y su obra era semejante al color del crisólito. Y las cuatro tenían una misma semejanza; su apariencia y su obra eran como una rueda en medio de rueda. Cuando andaban, se movían hacia sus cuatro costados; no se volvían cuando andaban. Y sus aros eran altos y espesos, y llenos de ojos alrededor en las cuatro. Y cuando los seres vivientes andaban, las ruedas andaban junto a ellos; y cuando los seres vivientes se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban» (Ezequiel 1:15-19).

*INTRODUCCIÓN:* No os afanáis por el día de mañana

#### I. LA PROVIDENCIA DE DIOS ASIMILADA A UNA RUEDA

1. Antiguas comparaciones de la rueda con la Providencia
2. El eje de la rueda: El amor eterno de Dios
3. La historia en la rueda de la Providencia

#### II. LA PROVIDENCIA DE DIOS RELACIONADA CON LOS ÁNGELES

1. Intervenciones angélicas en la historia
2. Acción de los ángeles en las mentes humanas
3. La relación de los ángeles con el ministerio de Cristo
4. Los ángeles, espíritus ministradores para los herederos de salvación

#### III. LA PROVIDENCIA ES UNIVERSAL

#### IV. LA PROVIDENCIA ES UNIFORME

1. El caso de José
2. Las alfombras al revés



tu inmensidad  
tu movimiento  
innominable por parte del hombre

**LA PROVIDENCIA DE DIOS ES INTRINCA**  
**DA:** La bendición de los hijos de José

**LA PROVIDENCIA ES SIEMPRE JUSTA:**  
Dios, inmutable en sus propósitos

**LA PROVIDENCIA ES ASOMBROSA:** Los  
caminos inescrutables del Señor

**LA PROVIDENCIA, LLENA DE SABIDURÍA:**  
Distinción entre fatalidad y Providencia

**CONCLUSIÓN:** La Providencia, recurso frente a  
angustia y el dolor

## PROVIDENCIA DE DIOS

### INTRODUCCIÓN

Nuestro bendito Señor pronunció en una  
ocasión unas preciosas palabras para eliminar  
nuestros temores y guardarnos de la descon-  
fianza y de la angustia:

«No os afanéis por el día de mañana, porque  
lo que yo haré mañana traerá su propia inquietud».

Todo ello, a fin de capacitarnos a descansar  
tranquilamente en la Providencia que podemos  
confiar que Aquel que alimenta a las aves del Cielo

que hace crecer a las flores del campo no permitirá que  
alguna de ellas muera por hambre ni que vaya desnudo.

Con todo, sería bueno dedicar un sermón a  
explicar lo que creo que son los grandes proce-  
dimientos o obradores de maravillas que llamamos Provi-  
dencia. Así, al buscar un texto para mi sermón,

encontré el de Ezequiel; las «ruedas» que se  
mueven en él significan la divina Providencia;

algo la esperanza de que al explicarlas, vaya  
a ser asistido de tal forma por el Espíritu de Dios  
que yo pueda decir muchas cosas acerca del

gobierno de Dios, las cuales puedan dar alegría  
y levantar las almas de muchos que están  
deprimidos.

**LA PROVIDENCIA DE DIOS ASIMILADA A  
UNA RUEDA**

abrió los ojos de nuevo, y vio una maravillosa  
ilustración de la divina Providencia, la cual tenía  
la figura de una rueda.

1. También los romanos y los griegos es-  
taban acostumbrados a comparar las maravillosas  
obras de Dios en su Providencia con una rueda.  
Así, por ejemplo, cuenta una leyenda que al  
ser tomado prisionero cierto rey, fue encadenado  
y arrastrado junto a las ruedas del carro de un  
vencedor. Mientras iba junto al carro, miraba  
fijamente la rueda, llorando, mirando otra vez  
la rueda, y levantando los ojos sonriendo. El ven-  
cedor se volvió y le dijo:

—¿Por qué miras esta rueda?

Él le dijo:

—Estaba pensando que ésta es la parte  
de arriba de la rueda; ahora estoy en la parte  
de abajo; justo ahora estaba aquí, ahora estoy  
allá; pero pronto puede que vuelva a estar en  
esta parte de arriba de la rueda, y tú arrastrándome  
por el polvo.

Semejante lección había advertido el profeta  
Ezequiel. Esto es, la Providencia es como una  
rueda porque en ocasiones una parte de la rueda  
está arriba, y otras veces está abajo; a veces  
esta parte es exaltada, y luego se hunde en el  
polvo. Luego es levantada al aire y, de nuevo,  
por una simple revolución, llevada de nuevo  
a la tierra...

«Aquí Él exalta a gusanos desdeñados  
y los pone en tronos y coronas;  
y allí la siguiente página vuelve  
y arrastra al monarca por la tierra».

Lo mismo ocurre en nuestra vida. A veces  
estamos en una humilde pobreza, y apenas  
sabemos cómo conseguiremos nuestro pan;  
luego la rueda gira, y somos llevados a la  
felicidad de la abundancia; nuestros pies  
se encuentran en lugar espacioso; somos alimen-  
tados con grano y vino; bebemos una copa que  
rebosa por el borde... Hasta que otra vez somos  
abatidos con aflicción y hambre. Y por ello  
podemos sentir que nuestra vida es como una  
«rueda».

En efecto, nuestra propia experiencia no es  
estable, sino siempre cambiante, siempre dando  
vueltas. La mosca que ahora está posada en el  
borde de la rueda puede ser aplastada en la  
siguiente revolución, y ser llevada al polvo de la  
muerte al día siguiente. El mundo puede ser

«...». He aquí el estado del hombre. La Providencia es como una rueda.

2. Sabéis, no obstante, que en una rueda una parte que nunca gira, que se mantiene fija: el eje. Igualmente, en la Providencia de Dios, hay un eje que nunca se mueve: el amor de Dios. ¡He aquí un pensamiento reconfortante! Tu estado siempre está cambiando; a veces estás exaltado, a veces deprimido; sin embargo, hay un punto inmóvil en tu estado. ¿Cuál es ese punto? ¿Cuál es el pivote en torno al que gira todo el mecanismo? Es el eje del amor eterno de Dios con el pueblo de su pacto. El exterior de la rueda es cambiante, pero el centro permanece fijo para siempre. Otras cosas pueden que se muevan; pero el amor de Dios nunca se mueve: es el eje de la rueda; y ésta es otra razón por la que la Providencia debería ser comparada con una rueda.

3. Además, observáis que cuando la rueda gira muy rápidamente no podéis discernir nada que la circunferencia, nada sino el exterior del círculo. Así, si miráis atrás a la historia, y a la historia de mil años, estáis haciendo que la rueda de la Providencia gire muy rápidamente y perdéis de vista todas las cosas pequeñas dentro del círculo, sólo veis una cosa grande, y es que Dios está obrando sus propósitos eternos a través del mundo.

Tomemos el todo en su conjunto, en lugar de las cosas una por una, miremos mil años en un punto, y no veremos nada sino un redondo perfecto y simétrico, enseñándonos que Dios es justo, y que Dios es justo. Que sea así con nosotros en vuestras vidas.

¿Acaso estáis vosotros desazonados por los problemas de hoy? Pensad también en el pasado; poned todos vuestros problemas juntos, no serán problemas en absoluto. Veréis que uno contrarresta al otro. Si tomáis vuestras vidas de hoy, sino contemplando cuarenta años de vida, os veréis obligados, en lugar de lamentaros y llorar, a bendecir a Dios por sus misericordias para con vosotros. Dejad que gire la rueda, y no veréis más que un anillo de sabiduría dando vueltas.

LA PROVIDENCIA DE DIOS RELACIONADA CON LOS ÁNGELES

relacionada con los ángeles. Atendamos, hecho, al texto:

«Mientras yo miraba los seres vivientes. Y luego pasemos al versículo 19:

«Y cuando los seres vivientes andaban, las ruedas andaban junto a ellos; y cuando los seres vivientes se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban».

Así, el texto nos enseña una relación inmediata entre la Providencia y la acción de los ángeles. No sé cómo explicarlo, no puedo decir cómo es, pero creo que los ángeles tienen mucho que ver con los negocios de este mundo.

1. En tiempos de milagros y cosas maravillosas, hubo un ángel que descendió y dio muerte a los primogénitos de Egipto; y un ángel cerró las huestes de Senaquerib. Sí, los ángeles hacían cosas poderosas en esos tiempos de la antigüedad. Mi firme creencia es que los ángeles son enviados de una u otra forma para llevar a cabo los grandes propósitos de Dios. En definitiva, la gran rueda de la Providencia es girada por un ángel. Cuando hay algún problema que parece detener aquella rueda, algún poderoso querubín arrima el hombro, y la empuja, y hace que el carro de la Providencia de Dios prosiga.

2. Los ángeles tienen mucho más que que hacer con nosotros de lo que nos imaginamos. No puedo dejar de darme cuenta de que en ocasiones los espíritus nos visitan y musitan pensamientos en nuestros oídos. A veces tengo extraños pensamientos, que parecen venir de otra tierra de ensueño, y ardientes visiones que hacen que mi alma se encienda dentro de mí. En ocasiones un pensamiento agradable me alienta en medio de la aflicción, ¿no podría tratarse de un ángel?

3. ¿Y no fue un ángel el enviado para fortalecer a Cristo en el huerto? ¿Cómo pensamos que un ángel le fortaleció? Bueno, ponieramos pensamientos en la mente de Cristo. No podemos hacerlo de ninguna otra manera, sólo dándole pensamientos. Y así es con nosotros. Os viene una tentación que podría llevaros por el mal camino; pero Dios dice: «Gabriel, vuela, allí hay peligro para uno de los de mi pueblo; ve y pon tal pensamiento en su alma, que cuando le vea que el peligro, diga: *Apártate de mí, Satanás, nada tengo que hacer con el pecado*».



significado alguno en el pasaje «en el Cielo los ángeles siempre contemplan el rostro de mi Padre que está en el Cielo», significa que cada persona tiene un espíritu guardián, y cada crisólito tiene un ángel que vuela a su alrededor, teniendo sobre su frente el escudo de Dios; el ángel guarda su pie, para que no tropiece en la vida; le da pensamientos agradables, reprime el mal y es ministro y siervo del Espíritu Santo para guardarnos de pecado y llevarnos a justicia. Bendigamos a Dios porque ha hecho de los crisólitos espíritus ministradores para ministrar a nosotros que son herederos de salvación.

#### LA PROVIDENCIA ES UNIVERSAL

«He aquí una rueda sobre la Tierra junto a los seres vivientes, a los cuatro lados».

Esto es, la rueda tenía cuatro lados: un lado en cada punto cardinal. Y es que la Providencia es universal, que contempla todos los puntos del globo.

Allí donde te encuentres en una estancia, un crisólito bien pintado te estará mirando. Así es la Providencia de Dios: sea donde sea que estés, la mirada de Dios estará sobre ti, de manera tan atenta como si no hubiera otra persona en el mundo entero. Su mirada está fija sobre nosotros cada hora y en todo momento. Sea donde estemos, tendremos una cara de la Providencia dirigida hacia nosotros.

No podéis echarme de la presencia de mi Padre. Enviadme a las nieves de Siberia o a la Antártida, sigo teniendo la mirada de Dios allí; mandadme a Australia, y forzadme a trabajar en las minas de oro; allí me visitará Él. Si me enviáis al más remoto confín de nuestra esfera, seguiré teniendo sobre mí la mirada de Dios. Ponedme en un desierto donde no haya una sola hoja de hierba creciendo, y su presencia me alegrará. Ocurra el terremoto, o el viento, donde las iracundas olas levantan las manos a los cielos como si quisieran arrancar las estrellas de sus nubosos hogares, y tendré allí la mirada de Dios. Si me mandan al mar, y se oyen mis estertores por encima de las olas, si mi cuerpo yace en las cavernas de la tierra, la mirada de Dios estará atenta sobre cada uno de mis huesos, y en el día de la resurrección cada uno de mis átomos será seguido en sus

Puede que haya algunos que tengan amigos muy lejanos; dejad que os consuele. La mirada de Dios está sobre ellos. Puede que haya algunos que estén a punto de despedirse de seres queridos que se dirigen a países distantes. Sea donde estén, estarán tanto bajo el cuidado de Dios como si estuviesen aquí. Si una parte del mundo no está tan cerca de la luz del sol como otra, sin embargo todas están igual de cercanas a la mirada de nuestro Dios.

«Transportadme donde queráis, allí donde yo me conduzca la columna de nube de la Providencia, y tendré a Dios conmigo»; este pensamiento consoló al gran viajero Mungo Park cuando estaba en el desierto del Sahara. Había sido robado y despojado de todo, y fue dejado desahogado. De repente vio una pequeña pieza de metal; tomándola, vio lo hermosa que era y dijo:

«Así que la mano de Dios está aquí, ésta es una de sus obras; aunque llame a voz en grito, nadie puede oírme, porque aquí sólo rondan el león merodeador y el aullador chacal; pero Dios está aquí».

Este pensamiento le consoló...

Lo mismo te digo a ti hoy: sea donde sea que estés, sea cual sea tu caso, Dios estará contigo. Sea cual sea el período de tu vida en que ahora te encuentres, Dios está contigo. Su mirada está en el cortejo nupcial y en el funeral; en la batalla y en la tumba. En la batalla, Dios mira a través de la humareda; en la revolución, allí está la mano de Dios rigiendo las masas de los hombres que se han desmandado de sus gobernantes. En el terremoto, ahí se manifiesta Jehová; en la tempestad, ahí está la mano de Dios agitando la barca, lanzándola contra las rocas o salvándola en sus manos de las desastrosas olas. En toda oportunidad, en todo momento, en todos los peligros, en todos los climas, ahí está la mano de Dios.

#### IV. LA PROVIDENCIA ES UNIFORME

Hay sólo una Providencia, y siempre uniforme.

«Mientras yo miraba los seres vivientes, vi aquí una rueda sobre la tierra junto a los seres vivientes, a los cuatro lados. El aspecto de las ruedas y su obra era semejante al color del crisólito. Y las cuatro tenían una misma semejanza».

una pieza de maquinaria; y así se nos veía que la Providencia es una. Aunque a veces las providencias parecen cruzarse en sus caminos...

1. Miremos sólo el caso de José. Dios tenía en mente que José fuera gobernador sobre toda la Tierra de Egipto; pero ¿cómo llegar a este fin? ¿Debería que las cosas se complicaban...? Pero los hermanos de José le venden a unos traficantes esclavos, aunque, gracias a su astucia, de vendido pasa a ser un favorito de Faraón. Luego es echado a una mazmorra, pero nunca hubiera sido puesto en la cárcel, no hubiera interpretado el sueño del copero; y si él nunca hubiera soñado, no le hubiera hecho creer ante su presencia. Hubo mil casualidades, tal como pensaría el mundo, conspirando para llevar a la exaltación de José; pero la Providencia es una, y nunca se contradice.

2. «Oh —dice alguien—, no puedo entender esto: la Providencia parece ser muy adversa para mí».

Contaba la señora Hannah More que fue a un lugar donde tejían una alfombra. Al llegar allí,

—Aquí no hay hermosura alguna.

A lo que el hombre le replicó:

—Ésta es una de las alfombras más hermosas que usted haya visto jamás.

—¿Cómo! Aquí tenemos esta pieza colgando, y está toda sin orden ni concierto.

—¿Sabe por qué, señora? Está mirando el otro lado.

Así sucede a menudo con nosotros. Tú y yo pensamos que la Providencia es muy mala, que estamos mirando el otro lado; estamos viendo el reverso mientras estamos aquí, pero cuando lleguemos al Cielo veremos el anverso de todos los tratos de Dios; y cuando lo veamos, diremos:

«Señor, ¡cuán maravillosas son tus obras! ¡Cuán hermosas son tus obras, y mi alma lo sabe muy bien».

A veces os habéis sentido perplejos al pensar por qué un amigo yace en una tumba. ¿Habéis dicho: ¿Por qué caí enfermo en aquella ocasión? ¿Por qué aquella perturbación y calamidad? Esto no os toca a vosotros saberlo. A otros os toca creer que todas las cosas

debéis esperar verlas de esta manera todavía. Aquí en la Tierra la máquina parece disgregarse en piezas, y sólo podemos verla en confusión; pero en el Cielo lo veremos todo conjuntado. Si pongamos que voy a un lugar donde algún artesano está montando una máquina, y le digo:

—¿De veras que esto es una máquina?

—Sí, y será una máquina complejísima.

—Pues no lo parece —le respondo—; yo no podría montarla.

—No señor, usted no podría, pero yo sí. Venga a verla cuando la tenga montada, y verá cómo cada pieza concuerda en todo, cómo cada engranaje en cada rueda actuará sobre el engranaje de otra rueda, y todas las partes moverán en conjunto cuando las ajuste. No busquéis defectos ni digáis «una rueda es demasiado grande, y la otra demasiado pequeña» porque no sabéis nada acerca de ella.

Así, queridos amigos, vosotros y yo no podemos ver nada más que partes de los caminos de Dios. Sólo vemos aquí una rueda, y cuando lleguemos al Cielo, y entonces veremos el lado correcto de la alfombra; lo veremos todo montado, que todo tenía un fin, un propósito, y que todo era una sola cosa: una gran maquinaria.

## V. LA PROVIDENCIA COMPARADA CON EL MAR

El siguiente pensamiento es que la Providencia es, en este texto, comparada con el mar. Observemos el versículo 16:

«El aspecto de las ruedas y su obra es semejante al color del crisólito».

Este término es empleado comúnmente en las Escrituras para denotar el océano, porque tiene la mayor semejanza con aquel verde profundo que a veces se ve, y en otras ocasiones a la apariencia azul del mar. Vayamos por un momento a la cumbre de algún alto acantilado y contemplemos el ruidoso océano. Hay un tema de mil canciones; miradas de flotas se hundido en su seno poderoso. ¡Sí, y sigue oleaje batiendo!

1. Si comienzas a pensar en el océano, a pensar que sea una de las partes menores de las obras de Dios en comparación con las constelaciones de los Cielos y los orbes que ha colgado en



deza de las obras de Dios. Y así es con la Providencia.

2. Además, el mar nunca está quieto; de día y de noche está siempre en movimiento. De día, cuando el sol resplandece sobre él, sus olas avanzan en orden como para capturar toda la tierra, y cubrir toda la tierra seca; y luego retroceden de nuevo, cada una de ellas, como sin querer de soltar su presa. Siempre está en movimiento; la luna resplandece sobre él, y las estrellas lo alumbran; pero sigue moviéndose. O en total oscuridad, y nada se puede ver; sigue moviéndose, de noche y de día las agitadas olas cantan un ruidoso himno de gloria, o murmuran una solemne endecha por los marineros perdidos en las profundidades de sus fondos. Así es la Providencia: noche y día la Providencia está siempre en marcha. El granjero duerme, pero su trigo está creciendo. El marinero duerme, pero el viento y las olas están moviendo su embarcación. ¡Providencia! Nunca detienes; tus ruedas poderosas nunca detienen tus eternos giros. Así como el azul océano nunca se detiene impetuoso durante eras, así la Providencia lo hará, hasta que Aquel que lo puso en marcha lo haga detenerse; y entonces cesarán tus ruedas su girar, fijadas para siempre por el decreto del poderoso Dios.

3. Siguiendo, veréis otra razón por la que el mar es como la Providencia: el hombre no puede gobernarlo. ¿Quién puede regir o gobernar el mar? Los hombres no. Jerjes hizo cadenas para el mar, y azotó la mar con látigos porque quería estraba sus naves. ¿Qué le importaba eso al mar? Se reía de él; y si no hubiera sido demasiado cobarde como para entrar en su seno, le hubiera podido sorber. Canuto puso su silla en la playa y ordenó a las olas que se retirasen. ¿Se le obedecieron? Subieron, y se lo hicieron llevar a él y a su silla si no se hubiera detenido a tiempo. El mar no será gobernado por el hombre. Toda una flota navega sobre sus olas, y es sólo como una pluma llevada por el viento a través de la superficie de un arroyo. Todo lo que ponemos sobre la mar es como una pluma. Nunca puede ser reprimida, ni encadenada, ni gobernada por el hombre.

El codicioso hombre ha repartido la tierra, pero el mar no tiene límites. Es impetuoso; sigue

una vez decir que «el hombre propone y Dios dispone»:

—Bueno —dijo Napoleón—, pero yo propongo y también dispongo.

¿Cómo pensáis que propuso y dispuso? Propuso entrar en Rusia y tomarla; se propuso hacer Europa suya. Se propuso destruir a Napoleón, y ¿cómo volvió? ¿Cómo dispuso? Volvió solo, solitario, abandonado, con su poderoso ejército destruido y agotado, casi habiéndose comido y devorado unos a otros por hambre. Y es que en efecto, «el hombre propone y Dios dispone». La Providencia, como la mar, no puede ser gobernada por el hombre...

«El hombre no es señor de su camino, ni el hombre que camina es el ordenar sus pasos».

El hombre no puede alterarlo, no puede cambiarlo. Que intente enfrentarse a la Providencia de Dios, y la Providencia lo molerá y aplastará.

## VI. LA PROVIDENCIA DE DIOS ES INTRINCADA

«El aspecto de las ruedas y su obra es tan semejante al color del crisólito. Y las cuerdas tenían una misma semejanza; su apariencia y su obra eran como una rueda en medio de otra rueda».

Así, la Providencia es intrincada. He aquí un ejemplo... Cuando José trajo a sus dos hijos al lecho donde yacía Jacob moribundo, Jacob ordenó que le fueran presentados los dos niños; y cuando estaba para bendecirlos, puso sus manos a propósito, de modo que puso su mano derecha sobre la cabeza del más joven y su mano izquierda sobre la cabeza del mayor.

—¡Oh! —dijo José— No hagas así, padre mío. Pero Jacob le respondió:

—Así es.

Y dio la bendición. No iba a bendecirlos de ninguna otra manera, sino que cruzó las manos. También Dios generalmente bendice a sus hijos cruzando las manos. Decimos: «No hagas así conmigo». «Así será, hijo, hay una bendición sobre ti. Quiero poner sobre ti la mayor bendición; por ello es que he cruzado mis manos».

Sí, la Providencia es maravillosamente intrincada. Con todo, tú querrías siempre comprender la Providencia, ¿no? Nunca la comprenderás, te lo aseguro. No tienes suficiente capacidad

eres ver cómo esto puede dar bien a tu alma; de que te sea dado dentro de poco tiempo, o ahora no puedes verlo: debes creerlo. Mira a Dios confiando en Él.

Dios tiene muchos nudos gordianos que los malos pueden cortar, y que los justos pueden deshacer, pero que sólo Él puede anudar. Vemos a los malos prosperando; crecen, y grande es su poder, mientras que los justos son abatidos. ¡Y nos preguntamos por qué! Porque hay ruedas dentro de ruedas...

En otras palabras, no os inquietéis porque los malos sean más prósperos. Puede que a una nación que parezca tener el derecho a su lado; aquella nación puede ser aplastada, una gente, tiránica, lograr la victoria. No digas «¿qué?». No indagues. Sabrás la razón cuando llegues arriba:

«Dios planta sus pisadas en la mar, y cabalga sobre la tempestad».

No trates de hacer lo que Gabriel nunca ha: preguntar la razón. Dios nunca la daría...

#### LA PROVIDENCIA ES SIEMPRE JUSTA

«Cuando andaban, se movían hacia sus lados; no se volvían cuando andaban».

El profeta vio las ruedas, y bien dice que no se volvían cuando andaban; siempre iban derechos, nunca se volvían a la derecha ni a la izquierda. ¡Así es la Providencia de Dios!

El hombre establece sus planes, dice: «edificaré esta torre»; la levanta hasta la mitad, y encuentra que no tiene suficiente para terminarla; quiere que derribarla, poner un fundamento más pequeño, y volver a edificar. Dios nunca hace esto; tiene un plan cuando comienza, y lleva a cabo este plan: echa el fundamento, y siempre termina coronando su proyecto con la obra cimera.

Los hay que hablan de Dios cambiando sus propósitos. Estas personas no conocen en absoluto cómo es Dios. ¿Cómo podría Dios cambiar? Si Dios cambia, ha de hacerlo de mejor a peor, o de peor a mejor. Si cambia de peor a mejor, no es perfecto ahora. Si cambia de lo que es algo peor, no será entonces perfecto y no es Dios. No puede cambiar. No es posible que jamás cambie ni mude ninguno de sus

mundo de montañas, o mover los collados del mar. ¿Puede cambiar porque no tenga suficiente paciencia? ¡Cómo! ¿Él, que nunca se desvía de su propósito? ¿Cambiará Él porque ha cometido un error? ¿Acaso el Altísimo, Jehová, tiene jamás un error en su poderosa mente? Errar es humano. Con el Ser Divino, el todo prosigue lo que ha ordenado, será. Está escrito sobre la roca férrea del destino, y no puede ser alterado. Dios mueve la rueda, y la rueda prosigue girar; y aunque mil ejércitos emprendieran derribarla, sigue su giro...

No puedo comprender qué hacéis algunos de vosotros con vuestro Evangelio carente de consuelo —creyendo que Dios te ama hoy y aborrece mañana—, que un día eres hijo de Dios y otro eres hijo del diablo. No podría creer en el Evangelio así. Si fuera pagano, podría creerlo en el acto, porque podría hacerme un dios de madera y piedra. Tendría un dios de arcilla, o podría alterar con mis dedos y cambiar a cualquier forma. Pero si creo una vez en un Dios que «era y que es y que ha de venir», sé que no puede cambiar; y siento una constancia de fe y una firmeza de esperanza que no pueden ser destruidas por las cuitas y pruebas de esta vida mortal. Porque Él no desechará a su pueblo que ha escogido...

#### VIII. LA PROVIDENCIA ES ASOMBROSA

«Y sus aros eran altos y espantosos, y llenos de ojos alrededor en las cuatro».

Incluso el hombre que sabe que cada día que bate contra la embarcación lo está llevando más cerca del hogar —que cada soplo de viento que viene a su nave y la llena y la envía hacia los blancos acantilados de su nativa Albión— hasta el hombre que es consciente de que todo esto es en su favor, incluso él ha de reconocer que la Providencia es asombrosa.

Esta idea nos aturde en nuestros pensamientos: que Dios está obrándolo todo. Los pecados del hombre, las maldades de nuestra raza, los crímenes de las naciones, las iniquidades de los reyes, las crueldades de las guerras, el aterrador azote de la peste, todas estas cosas, de alguna manera misteriosa, están obrando la voluntad de Dios... No debemos mirarlo; no podemos mirarlo. No puedo explicar



a de Dios y sus infalibles decretos. Éste ha  
el lugar donde los gladiadores del intelecto  
luchado entre sí desde los tiempos de Adán.  
No podemos decir cómo es que hago lo que  
iero en cuanto a qué calle tomaré para ir a  
a; y, sin embargo, no puedo ir a casa más  
por una cierta calle. John Newton solía decir  
había dos calles para ir a St. Mary Woolnoth;  
o que la Providencia le conducía en cuanto  
ál tomar. El domingo pasado, por ejemplo,  
e por cierta calle —no sé por qué— y allí se  
ontraba un joven que quería hablar conmigo.  
igo que esto fue la Providencia de Dios, para  
er encontrarme con aquel joven. Aquí estaba  
rovidencia y, no obstante, se trataba de mi  
ción. Cómo fue esto es lo que no puedo  
r; no puedo entrar en ello.

Creo que cada partícula de polvo que danza  
el rayo de luz no mueve un átomo más o  
nos que lo que Dios desea; que cada partí-  
de espuma que bate contra el barco de  
or tiene su órbita lo mismo que el sol en el  
o; que el tamo que es echado al aire por  
no del aventador es conducido como las  
ellas en sus órbitas. La andadura de un  
ón sobre el capullo de una rosa está tan  
eterminado como la mancha de la peste  
astadora; la caída de hojas secas de un  
no está tan plenamente ordenada como la  
a de un alud. El que cree en Dios ha de creer  
a verdad. No hay un punto fijo entre esto y  
teísmo. No hay punto medio entre un Dios  
eroso que obra todas las cosas según el  
eplácito de su voluntad y ningún Dios en  
oluto. Un Dios que no pueda hacer como a  
e place, un Dios cuya voluntad se ve frustra-  
no es Dios y no puede ser Dios. ¡No podría  
er en un Dios así!

LA PROVIDENCIA, LLENA DE SABIDURÍA  
«Y sus aros eran altos y espantosos, y llenos  
ojos alrededor en las cuatro».

Ciertamente, la Providencia dice: «todo lo  
Dios ordena, ha de ser»; pero la sabiduría  
Dios nunca ordena nada sin un propósito.  
o en este mundo está operando para un gran  
no para desembocar en la mera fatalidad. La  
idad dice simplemente que así tiene que ser;  
rovidencia dice que Dios mueve las ruedas

cosa que fuera a desmandarse, Él pone  
mano y la altera. Viene a ser lo mismo en cua  
a resultados, pero hay una diferencia en cua  
al objeto.

La diferencia entre la fatalidad y la Providencia es semejante a la que hay entre un hombre con buena visión y un ciego. La fatalidad es una cosa ciega; es el alud que aplasta el pueblo abajo, dando muerte a miles. La Providencia es un alud; es un río que corre, con unos ríos primero como un riachuelo bajando por la ladera de un monte, seguido por corrientes menores hasta que desemboca en el amplio océano del amor eterno, operando para el bien de la raza humana.

En definitiva, la doctrina de la Providencia es «lo que es ha de ser», sino lo que es ayuda al bien de nuestra raza, y especialmente al bien del pueblo escogido de Dios. Las ruedas son llenas de ojos; no son ruedas ciegas.

### CONCLUSIÓN

En vista de todo lo dicho hasta ahora, la próxima vez que estés angustiado, tienes que decir: yo sólo tengo dos ojos, pero las ruedas de Dios están llenas de ojos. Dios puede verlo todo, yo sólo puedo ver una cosa a la vez. Ahora veo que las cosas van bien; pero no sé cómo serán mañana. No sé qué clase de flor dará esta hierba. Esta aflicción es una raíz de mandioca, llena de veneno, y pronto me destruiría; pero Dios puede poner esto en el horno, de modo que el veneno se evapore, y se torne en alimento para vivir.

Esta angustia mía me parece destructiva. Dios sacará todo su poder destructor, y se transformará en alimento. Ahora, pues, tú que estás bajo prueba, gimiendo por el valle, levanta tu corazón, enjuga tus lágrimas. Pon tu mano en tu pecho, y haz que tu corazón detenga su fuerza latir. ¡Tú, pobre alma! Despide la copa de desdicha de tu mano; no estás condenado; eres un cristiano perdonado. Recuerda que Dios es el dicho:

«Todas las cosas cooperan para bien».

Más aún, «todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados conforme a su propósito».

¡Ah, cómo me gustaría hacer vuestros cor

ustia. Pronto quedamos agobiados y que-  
ntados de corazón. Cuando estamos en  
peridad, somos gigantes; pensamos que  
emos hacer como Sansón; podemos tomar  
dos columnas de la aflicción y de la angustia  
edemos derribarlos. Pero con sólo que se nos  
a que los filisteos están sobre nosotros, nos  
damos sin poder.

El que tiene fe es mejor que el estoico. El  
fofo estoico lo soportaba todo, porque creía  
de debía ser. El cristiano lo soporta porque cree  
está cooperando para su bien. La próxima  
que te venga la aflicción, la enfermedad, la  
ilencia, sonríe ante ello, y di:

«Quien de Dios su refugio ha hecho,  
una morada bien segura hallará;  
todo el día bajo su sombra andará  
y por la noche su cabeza allí reposará».

Que éste sea siempre el escudo para man-  
er alejados los golpes de la angustia; y que  
sea tu roca elevada contra todos los vientos  
dolor.

## 2. Jesucristo

### EL NOMBRE ETERNO

«Será su Nombre para siempre...» (Salmo  
7).

**INTRODUCCIÓN:** El Nombre de Jesucristo en  
paración con las efímeras obras humanas

### LA RELIGIÓN DEL NOMBRE DE JESÚS, PARA SIEMPRE

enciada en el albor de la humanidad  
no susceptible de ser suplantada  
extinguible frente a la persecución  
mprescindible como base moral

### EL HONOR DEL NOMBRE DE JESÚS, PARA SIEMPRE

### EL PODER DEL NOMBRE DE JESÚS, PARA SIEMPRE

para salvación del pecador desesperado  
para sostén del santo en su aflicción

## EL NOMBRE ETERNO

### INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia, los hombres h  
pretendido que sus obras permanecieran p  
siempre; pero, ¡cuán frustrados se han senti  
En la era posterior al diluvio, hicieron ladr  
prepararon mortero, y cuando hubieron levan  
do la torre de Babel, dijeron: «Esto permanec  
para siempre». Pero Dios confundió el lengu  
de ellos; no la acabaron. La destruyó con  
rayo, y la dejó como monumento de la insen  
tez de ellos. También el viejo faraón y los mon  
cas egipcios erigieron sus pirámides, y dijer  
«Permanecerán para siempre», y siguen perm  
neciendo. Pero llega el tiempo cuando la ve  
también las devorará. Y así sucederá con  
más soberbias obras del hombre, tanto si  
trata de sus templos como de sus monarquía

Ciertamente, las cosas más estables h  
sido fugaces como sombras, y las pompas  
una hora, rápidamente destruidas a la indicac  
de Dios. ¿Dónde está Nínive? ¿Dónde está B  
bilonia? ¿Dónde están las ciudades de Pers  
¿Dónde las alturas de Edom? ¿Dónde es  
Moab y los príncipes de Amón? ¿Dónde  
templos o los héroes de Grecia? ¿Dónde  
millones que atravesaban las puertas de Teba  
¿Dónde están las huestes de Jerjes, o los  
menos ejércitos de los emperadores roman  
¿No se han desvanecido?

Aunque decían: «Esta monarquía es eter  
este reino de siete montes será llamado la c  
dad eterna», su orgullo se ha empañado; y  
que estaba sentada sola y decía: «no seré viu  
sino una reina para siempre», ha caído, y  
poco tiempo se hundirá como una piedra  
molino bajo la crecida, maldito su nombre, c  
vertido en refrán, y su emplazamiento vendr  
ser la morada de dragones y de búhos.

Y es que el hombre llama a sus obras et  
nas; pero Dios las llama fugaces. El homi  
concebe que están construidas de roca, D  
dice: «No, arena, o peor que eso: viento». El  
hombre dice que las levanta para la eternid  
Dios sopla por un momento... Y, ¿dónde  
encuentran? Son como imaginaciones infun  
das, pasan y se desvanecen para siempre.

Es placentero, entonces, encontrar que h